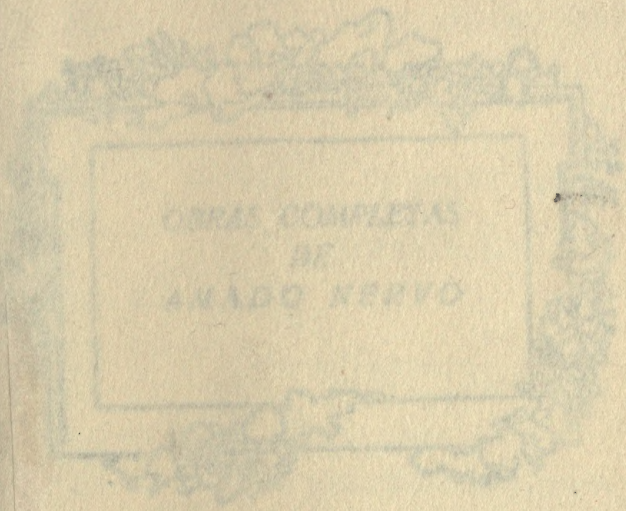
3 1761 04944646 1

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY


OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

Establecimiento tipográfico de «El Adelantado de Segovia»

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO

PUBLICADAS POR LA BIBLIOTECA NUEVA

(NUEVA EDICIÓN)

I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS.
II.—POEMAS.
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS.
IV.—EL EXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO.
V.—ALMAS QUE PASAN.
VI.—PASCUAL AGUILERA.—EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA.
VIII.—JUANA DE ASBAJE.
IX.—ELLOS.
X.—MIS FILOSOFIAS.
XI.—SERENIDAD.
XII.—LA AMADA INMOVIL.
XIII.—EL BACHILLER.—UN SUEÑO.—AMNESIA.—EL SEXTO SENTIDO.
XIV.—EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD.—EL DIABLO DESINTERESADO.—UNA MENTIRA.
XV.—ELEVACION.
XVI.—LOS BALCONES.
XVII.—PLENITUD.
XVIII.—EL ESTANQUE DE LOS LOTOS.
XIX.—LAS IDEAS DE TELLO TELLEZ.—COMO EL CRISTAL.
XX.—CUENTOS MISTERIOSOS.
XXI.—ALGUNOS.
XXII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA (Primera parte).
XXIII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA. (Segunda parte).
XXIV.—EN TORNO A LA GUERRA.
XXV.—CRONICAS.
XXVI.—ENSAYOS.
XXVII.—EL ARQUERO DIVINO.
XXVIII.—CONFERENCIAS.—DISCURSOS.—MISCELANEA.
XXIX.—LA ULTIMA VANIDAD.

PRECIO DE CADA TOMO

EN RÚSTICA: CINCO PESETAS. EN TELA: SIETE PESETAS

(DE CADA TOMO SE HA HECHO UNA TIRADA DE CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO Y LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS.—PRECIO DE CADA EJEMPLAR, 35 PESETAS).

TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO

LS
N4566

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO · Volumen XXIX

LA ÚLTIMA VANIDAD

357796
28. 11. 38.

BIBLIOTECA NUEVA · MADRID

ES PROPIEDAD DE LOS HEREDEROS DEL AUTOR

EJEMPLAR N. 01061

LIBRARY
JUN 17 1973
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
2299
N5A1325
1920
v. 29

Uno de los últimos retratos de Amado Nervo.

NOTA DEL EDITOR

A fines de 1919, en vísperas de la llegada de los restos mortales de Nervo a México, publicóse en aquella capital la primera edición de La Ultima Vanidad *(Editorial Hispano-Mexicana). Estaba formada por los trabajos en prosa que aquí figuran y otros ya incluídos en diversos volúmenes de las* Obras Completas. *Sus páginas eran el facsimile de las cuartillas de Nervo para que sus admiradores conocieran la letra del poeta. En idéntica forma reproducimos nosotros el trabajo con que empieza el presente tomo. Conserva también esta edición el prólogo que a la primera puso el ilustre dramaturgo y novelista mexicano don Federico Gamboa.*

Nuestro volumen contiene, además, tres poesías de los años juveniles de Nervo, no coleccionadas aún en los tomos anteriores de las Obras Completas, *y, a guisa de epílogo, un estudio sobre el aspecto religioso del espíritu de nuestro poeta debido al notable escritor, eminente jurisconsulto y conspícuo miembro del partido católico mexicano don Perfecto Méndez Padilla.*

Figura también en este tomo la noticia de las solemnidades públicas a que dieron lugar el fallecimiento de Nervo y el traslado de su cadáver a México. Y una parte gráfica en la que aparecen varias emocionantes fotografías del poeta, tomadas cuatro días antes de su muerte.

PREFACIO

Amado Nervo no necesita de prólogos, ni yo fuí nunca partidario de ellos.

Intentar, en unas cuantas páginas, el juicio crítico de su persona y de su obra, sería prematuro, y hasta irreverente ahora, cuando su cuerpo aún no ha llegado a disfrutar el descanso supremo en las doloridas entrañas de esta tierra nuestra, que él honró tanto; cuando aún no le es dable afianzar el sueño último y definitivo que nos aguarda a todos del otro lado del Misterio. Como si no fueran suficientes los aplausos y el renombre que acertó a cosechar durante su vida breve, antes de entrar en la tumba—que es casi siempre la sede del ol-

vido—, diríase que la América Española, nuestra América, quiso imprimir a su costa, y así ha resultado de magnificente y generosa, la segunda parte de uno de los mejores libros del poeta, por lo vivido, sincero y espontáneo: «EL EXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO».

Mas como en esta vez no se trata de que un poeta nos cuente en prosa y verso de aquella «su primera salida» rumbo a Europa, realizada aparentemente con la escarcela bostezante y flaca, aunque de hecho rebosara de relucientes escudos: su juventud y su lira; sino que ahora trátase de que nuestra América revele al mundo cómo sabe enaltecer, cuando le place, la figura de sus hijos predilectos, al propósito de que mucho tarden en borrarse de la memoria de los hombres, que es de suyo ingrata y olvidadiza, esta segunda parte harto difiere de la primera; en aquélla, el poeta, de regreso de su viaje y todavía cegado por cuanto habían visto sus ojos ávidos de artista, todavía con mieles en los labios y rosas en el recuerdo, fió al papel sus impresiones, de entre las que se advierte aquí y allí, la punzadura persistente de las es-

pinas que algunas flores hincan en las manos de los que las tronchamos en nuestras correrías, aunque sólo sea para saber su esencia o para que vayan y se agosten sobre los corazones femeninos que nos juraron amores; en aquélla, el éxodo limitábase a un momentáneo y voluntario abandono del rincón natal, llevado a cabo con tan fundadas probabilidades de retorno, que el retorno se consumó y el poeta pudo hablarnos de lo que contemplara y admirara; volvía más reflexivo, más sabio, más experimentado, con el natural anhelo de marcharse de nuevo, después de haberlas entrevisto, a esas tierras de promisión para los que sienten hondo y piensan alto.

En ésta no; en ésta, son dos repúblicas hermanas y cultas las que, amortajadas en sus sendas banderas gloriosas—que al igual de la nuestra saben de vasallajes e independencias, de invasiones extrañas y reivindicaciones del patrio suelo, de progresos y retrocesos; que, como la nuestra, también a las vegadas han sido sacudidas por el vestigio de implacables contiendas fratricidas—, nos devuelven los despojos de quien fué a ellas con la doble investi-

dura de diplomático y de poeta, en simpática misión de acercamiento.

El suceso es de extraordinaria significación y trascendencia.

No se redujeron a ser los custodios temporales o permanentes de un muerto ilustre, lo que habría sido el cumplimiento estricto de piadoso y humanitario deber, sino que se excedieron; y ya que materialmente no podían alargar sus confines hasta tocar los nuestros, teóricamente sí los alargaron, supuesto que dentro de la ficción admitida de la exterritorialidad, los barcos guerreros son la prolongación de la patria a que pertenecen.

La travesía es solemne.

Y para que nada falte a su grandeza, tiene por marco la grandeza del mar, eterna, inacabable y sobrehumana, como la grandeza de la Poesía.

Por el desierto glauco y movedizo vienen las naves, cabeceantes y rígidas, de antiguo familiarizadas con la muerte—que una de ellas asila a su bordo—, porque de antiguo saben, que para darla y recibirla fueron fabricadas. Convertidas en recio ataúd de acero, enteradas de

que por excepción vienen practicando una obra de misericordia, de que conducen el cuerpo inanimado y yerto del que ha poco fuera portador de un cordial saludo mexicano al Uruguay y la Argentina, no surcan las olas con la celeridad agresiva que a una les imponen sus fastos triunfales y sus guerreras tradiciones, antes han acortado sus andares, por respeto, y como para que las ondas mejor arrullen al poeta en su largo sueño postrero, que apenas si comienza. En los mástiles, de antaño habituados a lucir orgullosos la enseña nacional que reta al enemigo e ignora el miedo, esa propia enseña, colgada de crespones, ondea a media asta; las marinerías, hechas a lanzar hurras y vivas en la hora grave de los zafarranchos y abordajes, hoy velan noche y día el sagrado depósito y hablan «EN VOZ BAJA», como el poeta gustaba de hablar siempre; las calderas, jadean sin parar, y las proras afiladas hienden las crestas, sin fierezas, al efecto de que las espumas en que éstas se desgajan, desháganse calladamente en los flancos de hierro, y ni ese soplo perturbe el dormir del pasajero muerto. De día, las chimeneas mismas, con sus pena-

chos de humo que rayan de negro el firmamento, pregonan que las naves están de duelo; y de noche, las luces de señales, como si sollozaran, rielan temblorosas por sobre el espejo hecho añicos de las aguas...

El entierro navegante, ya fué detenido por los intelectuales y autoridades del Brasil y por los intelectuales y autoridades de Venezuela, que quisieron deshojar un ramo de asfodelos al paso del cadáver. Y el cadáver ha sido desembarcado, en Río y en La Guaira; lo que asimismo obliga nuestra gratitud hacia los venezolanos y los brasileños. Mañana, cuando los buques fondeen en la sin par bahía habanera, yo sé que los intelectuales y autoridades de Cuba—a quienes se asociarán muchos de los mexicanos que hasta ayer fueron mis compañeros de destierro—, también reverenciarán con análogas exequias a nuestro poeta.

Así está bien.

Lo que ahora se impone, es que esta segunda parte del «EXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO», tan suntuosamente editada por nuestras hermanas del Sur, México la deletree a menudo para que indeleblemente se le grabe

en el corazón y la memoria, y jamás nos olvidemos de que en los días de prueba por que venimos atravesando, dolientes y sangrantes; cuando por culpa de nuestros pecados—que si bien se los mira no son peores ni menos malos que los de los demás pueblos de la tierra: el hombre, ya lo dijo Plauto, y a su zaga repitiéronlo sucesivamente Bacon y Hobbes, es el lobo del hombre, sea cual fuere la latitud que habite—, cuando por culpa de nuestros pecados, repito, el nombre de nuestro México anda en casi todas las lenguas, y es moda que se nos enrostre con singular acritud y con sobra de razón, fuerza es reconocerlo, lo mucho pésimo que a diario perpetramos en tanto no logremos adquirir un honorable y definitivo equilibrio social y político, resulta consolador, es alivio y estímulo, que nuestros hermanos continentales nos honren en la persona de un mexicano egregio, y que el buen nombre de México vuelva a sonar gratamente por los ámbitos del mundo.

México, no obstante los dolores en que se debate, ya se dió cuenta, por fortuna, de lo que significa muestra tan señalada de afecto sincero, confraternidad indisoluble e inequívoca es-

tima, y se ha apercibido, en sus esferas intelectuales y en sus esferas oficiales, a recibir con decoro los despojos de su hijo bien amado, y a las personas que cariñosamente los conducen.

Sin duda que nuestro pueblo desconoce las bellezas que el desaparecido sembró con sus libros, que quizás ignore hasta el nombre de «PERLAS NEGRAS», «LOS JARDINES INTERIORES», «LA AMADA INMOVIL», «SERENIDAD», «ELEVACION», «EL ESTANQUE DE LOS LOTOS», que nunca habrá leído—¡ah, si nuestro pueblo supiera leer!...—«EL BACHILLER» o «EL DIABLO DESINTERESADO»; pero ya se percató de que las campanas nacionales están doblando porque el país ha perdido un gran poeta, y al desfilar de la procesión hacia el cementerio, se descubrirá reverente.

Para ilustrarlo en este caso habrá que decirle—ya que nunca le decimos cosa de provecho, sino un puñado de mentiras con que azuzamos sus adormecidas pasiones de origen, al propósito de que, deslumbrado, nostálgico de bienestar y dicha, su sudor y su sangre nos sirvan

de blandos peldaños para trepar a las cumbres del poder o la riqueza— quién fué este muerto que nos traen desde lejas tierras con pompas imperiales e inusitadas.

El pueblo no tiene la culpa de sus ignorancias. ¿Quién nos mandó haber descuidado su educación y sólo inculcádole que con saber matar y morir ya sabía bastante?...

Menos culpa tiene aún en las circunstancias: Amado Nervo, en mi sentir, no fué en sus días, un poeta nacional.

De lo que llamaríamos su acervo nacionalista, destácanse «LA RAZA DE BRONCE»—que él crismó de «leyenda heroica»—, y en la que, para exaltar la personalidad de Juárez, habló, muy por encima, de las virtudes menos efectivas que convencionales de nuestros autóctonos abuelos, considerados en conjunto; GUADALUPE, acuarela de una «chinaca» de los tiempos luctuosos de la Intervención francesa, en que apenas si desflora, deliciosamente, la fisonomía de la mujer mexicana en sus clases inferiores; JUANA DE ASBAJE, concienzudo y cariñoso estudio de la poetisa célebre, con el que contribuyó al primer centenario de la iniciación

de nuestra Independencia, y LECTURAS MEXICANAS, antología destinada a las escuelas, que él anotó con esmero y benevolencia.

Lo que no basta para que se le declare poeta nacional.

No se inclinó hasta los humildes, ni se asomó a los pavorosos interiores de la masa enorme y múltiple; no cantó las glorias vernáculas ni intentó ungir los milenarios sufrimientos incurables de los de abajo, con el divino electuario del verso; no ensalzó nuestras hazañas individuales o colectivas; no se inspiró en cantares y leyendas populares; en sus dilatadas ausencias no rememoró por escrito las bellezas de nuestra naturaleza.

Pero si en sus días no fué lo que por poeta nacional se entiende, en poeta nacional nos lo ha transmutado, a su muerte, la consagración que presenciamos emocionados de todo un Continente; consagración que antes que a nadie corresponde a México, supuesto que un poeta mexicano es su causa y motivo.

Porque mexicano sí que lo fué de corazón su vida entera; y a este respecto, no huelga recordar cómo se rehusó a admitir la noble ayuda

que le brindara España—siempre generosa para con sus nietos americanos—, en los días difíciles que Nervo pasó en Madrid, al verse privado de súbito por la Revolución triunfante, y lo mismo que los demás agentes diplomáticos y consulares de la República en el exterior, de sueldo y empleo. Mejor que consentir en que el nombre de México padeciera agravio, prefirió la pobreza, y encerrado en su modesto retiro de la calle de Bailén, púsose a esperar que las pasiones de su tierra se aquietaran, y a que la Revolución, hecha gobierno, le agradeciera su patriótico rasgo y lo indemnizara, si quería, de las privaciones a que iba a someterse.

El que a Nervo no pueda tenérsele por poeta nacional, en nada daña su extensa reputación, legítima y meritoriamente conquistada en los años relativamente breves de su labor continua.

Si yo no me adentro a juzgar ésta, débese a mi impreparación en materia tan ardua y discutida, y sobre todo, a que mi juicio, con imperfecciones o sin ellas, saldríame fundamentalmente parcial, debido a la amistad sin eclipses ni nubes que nos ató a los dos, desde el punto y hora en que se apareció un buen día en esta

metrópoli asendereada, hasta muy poco antes de su fallecimiento, en que a su paso por la Habana desembarcó al exclusivo objeto de saludarnos a un excelente amigo suyo de aquellos primeros días metropolitanos, y a mí, y en el instante de abrazarnos—¡bendito sea Dios que no permite que sepamos cuál es el último abrazo!—todavía me murmuró al oído, en aquel su lenguaje que trascendía a textos sagrados y vestiduras sacerdotales.

—«¡Acaba de apurar tu cáliz, que ya poco ha de faltarle!...»

Préciome, pues, de conocerlo como el que más, no obstantes las largas temporadas que cesábamos de vernos y en las que nos escribíamos, ora a menudo, ora de tarde en tarde, para que el afectuoso contacto subsistiera.

Porque lo conocí y lo admiré, porque aplaudí su inmenso talento y SENTI la belleza inefable de muchos de sus versos, no me importa que tampoco fuese un precursor, un fundador de capillas de poesía, ni un innovador de procedimientos y métricas. No lo hubo menester para ganarse los envidiables lauros que se ganó mientras cantaba; no lo hubo menester para la

consagración qne hoy se dispensa a su lira rota.

Es más. Yo no lo tengo siquiera por poeta místico ¡muy lejos de ello! Anda por el volumen mismo de MISTICAS cierta composición —y en francés nada menos, si mal no recuerdo—, que deja harto atrás su amargo reproche a Kempis, que mancha sus alas en la ciénaga de la blasfemia y que, por dicha, no reaparece en la cadena encantadora de su obra vasta, perdurable y suave.

Grande, sin duda que lo es, lo mismo que es delicado y deleitoso; y si a calificarlo me pusiera, no vacilaría en diputarlo por un gran atormentado que recorrió este Valle de las Lágrimas, narrando en versos admirables su mejoramiento progresivo; sus incesantes esfuerzos interiores por arribar a la SERENIDAD; los sucesivos estados de su alma en peregrinación artística y devota hacia la Verdad, la Luz y la Belleza; sus oscilaciones espirituales y mentales entre la Negación y la Fe, entre la Sensualidad y la Castidad (dígalo EL BACHILLER), víctima perpetua, cual otros muchos que andan por ahí—la doble dolencia es vieja como el mundo, y bienaventurado aquel que

logra domeñar una de ellas al menos—, de las dos formidables inquietudes: la inquietud religiosa y la inquietud de la carne.

Por idiosincrasia y por ser hijo de su tiempo, Amado fué un poeta esencialmente subjetivo y de índole cosmopolita; de otra suerte, no habríanlo gustado y aplaudido tanto, España, en la que discurrió la mejor parte de su vida, Suramérica, donde el destino quiso que él exhalara su último suspiro.

La inquietud religiosa, agravábase en Nervo con el sello que a perpetuidad imprime en el espíritu y la memoria de sus alumnos, la educación adquirida en seminarios y claustros—téngase en cuenta que Amado hubo de ser sacerdote—, y que, fenómeno aún inexplicado, suprime en lo general los términos medios y fatalmente engendra ciegos defensores de los maestros y acendradas devociones, o ciegos enemigos y detractores del clero, del vivir más o menos monástico, y en ocasiones, hasta del mismísimo Dogma. Es forzoso aditamento de la inquietud religiosa, la que en grado mayor o menor nos inspira a todos el Más Allá, que tanto se acusa en la obra de Nervo.

La inquietud de la carne—que a su vez arranca del fondo de las edades y que ha de alentar lo que el planeta aliente—, aparte de ser alifafe universal y crónico de la especie, en los temperamentos artistas, reconcentrados y sensitivos como el de Nervo, es enfermedad larvada y de cuidado, contra là que es preciso pelear sin tregua, so pena, si no, de que nos lleve a estrellarnos en los traicioneros y atractivos arrecifes donde las Sirenas moran y cantan, y desde los cuales prometen a nuestras ansias masculinas la húmeda frescura de sus bocas entreabiertas y rojas, y la dulce prisión de sus brazos extendidos y mórbidos.

¿Aceleraría el fin del poeta, según lo afirman algunos, la rápida visión que tuvo de su patria destrozada?...

No sería nada extraño, dado que el espectáculo no puede ser más descorazonador y triste para quienes, como Nervo, la amen de veras: con ser tantos los escombros materiales que presenta México en la hora actual, son menos todavía que sus escombros morales.

Sea lo que quiera, el poeta muerto, custodiado cariñosa y gallardamente, ya viene ahí,

en muda demanda elocuente de un rincón de tierra mexicana ¡de tierra suya! donde al fin hallen descanso sus despojos perecederos.

Y la tierra mexicana, apréstase a recibirlo y guardarlo codiciosamente dentro de sus entrañas maternales y sacras que no saben de nuestros odios, diferencias y miserias; que lo mismo cobijan y defienden a los ricos que a los pobres, a los vencedores que a los vencidos, a los delincuentes que a los justos, a los ilustres que a los ignaros, a los verdugos que a las víctimas. Porque para ella, todos los mexicanos son sus hijos, así unos fueran buenos y otros malos mientras hollaban su haz. Como madre que es, no ve y no oye; calladamente, sufre y goza con que aquéllos la infamen y éstos la enaltezcan; amorosamente, abre su regazo para estrecharlos en lo íntimo de su ser, y todavía convierte en flores la podredumbre de los que a ella van volviendo; a todos les imparte calor idéntico, y, misericordiosamente, hace que crezcan junto a las tumbas, los perdones y los olvidos.

A par que la tierra, intelectuales y autoridades prepáranse a recibir y honrar el cadáver. Las campanas doblan, el pueblo se descubre...

Por las anchuras de nuestro Golfo, la caravana fúnebre viene anda y anda...

¡Ya está ahí! Ya los vigías del puerto, columbraron las chimeneas que rayan de negro con su humo el hondo azul de nuestro cielo; ya han anunciado el inminente arribo de unas naves guerreras y enlutadas...

Manos juveniles y literarias, reunieron devotamente la colección autógrafa de artículos que informan el presente volumen, y quisieron que en facsímile se publicaran, a fin de que sus lectores vieran la letra original del poeta; lo que equivale a evocación delicada, y en cierto modo, a acercarnos al artista desaparecido.

Muchas gracias merecen, el autor de esta idea—que es también poeta, y de fuste—, y el editor del libro, quien no de hoy, cuando de honrar a México se trata, nunca se paró en gastos ni omitió esfuerzos para que México fuese honrado.

¡Ojalá que los funerales nacionales que van a efectuarse no sean exclusiva e implacablemente laicos, pues estoy cierto de que el poeta los preferiría tolerantes y amplios; y de que así

como a la hora de su tránsito, allá, en Montevideo, aceptó agradecido y contrito los oficios del sacerdote que le procuró don Juan Zorrilla de San Martín, genial autor de ITUZAINGO y TABARE, y rogó que le pusieran entre sus manos enclavijadas y exangües el Crucifijo con que en París lo obsequiara Rubén Darío, el Grande; así ahora, de ser posible consultar su voluntad, pediría en su enterramiento la presencia de la Cruz y las preces de la Iglesia!

Si por desgracia los funerales excepcionales resultan sólo laicos—LA ULTIMA VANIDAD—, a la hora que se consumen habrá un hogar mexicano en el que una familia que queda huérfana, elevará a Dios sus plegarias y su llanto por el eterno descanso del hermano paternal.

Y el poeta, que nació cristianamente y cristianamente murió, cristianamente también descenderá al sepulcro.

F. GAMBOA.

México: 28 de Octubre de 1919.

La última vanidad

A lo que parece, los hombres ilustres de Italia no piensan actualmente más que en su epitafio.

Después de la vanidad de la vida la vanidad de la muerte, que es la más lustrosa de las vanidades.

Salvini, el actor trágico, que ya es muy viejo, se ha mandado construir un doble ataúd de roble y de nogal, con cuchillas

de plata, el cual iba
adentro, de un enorme bloque
de marmol.

En el bloque hubiera
esta inscripción "Tomás
Salvini, actor del siglo
XIX"

Se cuenta que fué él
quien mejor interpretó el
Otelo en Italia. Lo le
vi representar esta obra
en Florencia, hace algunos
años y me dió pena. Aún
hacia ademanes en aquel
viejo dominado de pálidez.
pero ya de sobremesa.
Desvirtuaba esa su propia
figura

Ultimamente, en Nápores
lo vi anunciado. Daba
también el Otelo. No
quise ir. ¿Acaso no es él quien
estrangula á Desdémona?
El Tiempo es quien lo estran-
gula á él, con brazo im-
placable. Y el pobre
actor que se resiste ven-
guia del pasado, prenda
en constante su tumba
y en escribe sobre ella
estas palabras sencillas,
como una rectificación
á la necesidad de labores
artísticas en que resaltan
la época en que luchó
y triunfó: "Actor del
Siglo XIX"

*

Raccom está en la plenitud de la vida. Imagen portento un epitafio más orgulloso que el de Salvini formula el notable, acaso su último sueño — cuando menos así lo espera — en los gaudeamus de su vella y en la lápida de su tumba se leerán estas palabras:

"Italia, patria mia! Pleguе ahí dios, que haya contribuido á acrecentar tu esplendor!"

Este Ilegue podrá muy bien convertirse en

fuego y acaso ~~en otra parte~~
Raccom, internamente,
ha hecho ya la conquista
(tiempos venales.
(Tocando el cielo en hecho
consumado) y espera
que su Puccini la
haga, así mismo esta conquista, pero
de un modo ma-
terial, en la piedra

Puccini Turandot
se ha está construyendo su
sepulcro Será muy rico
y llevará la siguiente ins-
cripción "He vivido cantan
do alegrías y angustias de
amor Quien ame, no
me olvide"

"Sentimental estais!"
parece decirse al autor
de la Bohemia. Por lo
demás este sentimentalismo
no le guarnecería quizás tal vez
algunas flores, de algu-
nas pintas románticas.

J. D'Annunzio? pre-
guntaréis.

Es claro que tratándose
de la propia glorificación,
D'Annunzio que
se ama á sí mismo
sobre todas las cosas,
no podía cantar

perezoso. Ha proyectado
pues, ya un monumento
donde sus restos, el cual
se levantará en un bello sitio
de los Matales Alamizos.

El epitafio? "Es este
el secreto del poeta
Está forjando. Nos lo
dirá quizás en su lecho
de muerte, ¡será una
frase lapidaria, acaso
latina ó griega. Esperemos!

*

Lo cierto que el mismo epitafio
es un poco
de yerba fresca, que
guarda en su suave
estuche las cuista

linas joyas de la memo-
ria; ningún otro me
parece, pero, tratándose
quien merece que
se grabasen sobre su
tumba aquellas divinas
palabras, extraídas
por el Evangelista del
Celeste Jesús "Pasó hacien-
do el bien"

~~Todo lo demás~~
Cuando no se ha
merecido este epitafio,
todo lo demás es
vanidad

*

Sin embargo, como los epitafios son para los vivos y no para los muertos, fuerza es que los haya. Pero no nos los reducamos nosotros, á ejemplo de los romanos, cejemos que nos los reduzcan. Nosotros que como en el cuento francés, sen gamos que levantamos de nuestra tumba á la luz de la luna, para borrar las inscripciones mentirosas que brillan en nuestras lápidas!

Sobre cuantas losa
hubiéra que escribir, e
vez que fué esto, fué
aquello. el ~~con~~ colosal
y humilde Peccavi!
del Hijo pródigo y de
David! Peccavi!
he aquí el mas grande
de los epitafios para
todos nosotros, amigo
mio!

La última mentira
se ha llevado, á la
inscripciones sepulcrales
Las hay en encaj

de una, ~~apreciable belleza y cuya de una~~ incomparable verdad y de una apreciable belleza:

El "non omnis moriar" que de su dijo Horacio consolando está por casi dos mil años. Veinte siglos pueban alrededor del sepulcro del poeta representando el pagamento de su oda latina. "Non omnis moriar."

En el pedestal de la estatua de Franklin están grabadas estas palabras Eripuit coelo fulmen, sceptrumque tyrannis.

Avranco, al cielo el rayo y
los truenos el cetro

Es la verdad también
la que nos dice el ~~bello~~ magnífico
epitafio

Sobre la tumba de
Juan Bart se grabó'
Sta victor Heroe
Calcas 'viajero, detente,
que pisas á un héroe'"
El viajero pensativo compre-
~~Sora~~ ma con íntima admira-
ción los cientos vocablos

Pero sin duda el
más hermoso de los
epitafios paganos ó'

-ce inscrie gentil, es el que
Simónides de Ceu escribió
para eternizar la memo-
ria de los 300 espartanos
que se cayeron matar en
las Termópilas peleando
contra las huestes de Jerjes
y que pocos conocemos "Ex.
~~extranjero~~ O xein aggeilon
lakedoimoniois oti tēde
keimetha tois keinon
peithimenoi nomimoi

Extranjero, ve á decir á
los lacedemonios, que nosotros yacemos aquí por obedecer á sus leyes'

*

Los epitafios cristiano

Son en lo general, de una emoción y de una melancolía ~~tan profunda~~ que notablemente

Aquí yace, dicen muchos, esperando la resurrección"

En la tumba de un hombre cuya fuerza que pasó su vida enseñando á los párvulos, grabáronse las dulcísimas palabras de Jesús "Dejad, á los niños que se acerquen á mí".

Contrastando con la humildad de ternura de esta inscripcion, esta la que don Juan de Austria en su sepulcro del Escorial, donde se ve su estatua yacente abrazando su espada.

Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes

"Hubo un hombre, enviado por Dios; que se llamaba Juan, palabras del Evangelio de San Juan, que San Pio V aplico al candelero de la Cuadrilla

Y por último, en el
Mausoleo en que la
Santa Duquesa quiso
al lado de su esposo
bien amado, leer

En vita sua dilexerunt
se et in morte non
sunt separati

Se amaron en vida
y la muerte no los
ha ~~se~~ separado.

*

Piadosos igualmente,
y ellos, fueron, antes
de que el uso de la vulgarisar les robasen
su suave aroma, el

Hic jacet, el Beatae memoriae, el Sit tibi terra levis, el dulce et decorum est pro patria mori, mas ahora,

En medio del cabello y de la prosteticum de las inscripciones fúnebres, el mejor epitafio es no tener ninguno. y la mas bella tumba aquella en que se duerme en la serenidad y la paz de la labor hecha y del deber cumplido!

. Amado Nervo

SILLONES Y POLLO

QUIEN frecuente hoy por hoy los grandes salones parisienses, habrá de notar dos cosas:

Primera, que va haciéndose rara aquella uniformidad y simplicidad de estilo de los salones de hace veinte años.

Segunda, que las comidas se simplifican hasta lo increíble.

Es decir, que los mobiliarios son cada día más variados y cada día son menos variados los *menús*.

Lo primero obedece al valor que han adquirido los muebles antiguos, de estilo.

Ya ningún elegante, al poner casa, manda hacer un salón imperio, una alcoba Luis XV,

un comedor Luis XIII, así, de una pieza, con tapices, colgaduras y todo; sino que va adquiriendo su mobiliario con trabajo, tiempo y paciencia, ya en las grandes ventas, ya con los anticuarios, ya en el famoso hotel de la *rue Drouot*.

Quiere todo el mundo tener piezas auténticas, preciosas, y además, bien conservadas y, naturalmente, no es coser y cantar eso de hallarse siempre de manos a boca con una colección completa. Hay piezas únicas, restos de toda una colección que justamente por ser únicas, alcanzan precios indecibles. Rostchild posee en su admirable hotel de la rue Saint Honoré, una cómoda. Es un mueble de medianas dimensiones, *marqueté* de Sevres, antiguo y en un estado de conservación perfecto. ¿Sabéis cuánto le costó ese mueble?

Seiscientos mil francos *solamente*.

Un buen amigo mío encontró en casa de un anticuario ocho hermosas sillas de espléndido mobiliario Luis XVI.

Faltaban el sofá y los dos sillones.

El anticuario, por tratarse de un juego incompleto, lo vendía en cuarenta mil francos, a

cinco mil francos la silla. Esto acontecía hará veinte años, a la sazón que los muebles y los cuadros se mantenían aún dentro de cierta modesta mediocridad de precios.

Lamentábase mi amigo de que faltasen el sofá y los sillones indicados y el anticuario, solícito, le explicaba así la falta:

«El mobiliario completo, existe, pero tocó en herencia a dos hermanos, hombre y mujer. Al uno las ocho sillas; a la otra, el sofá y los dos sillones.

«El hermano me vendió su parte. La hermana rehusó en absoluto vender la suya.

«Pero ya está vieja—añadía sonriendo el solícito anticuario—muy vieja. No vivirá mucho, vaya, ni cinco años, y cuando se muera, usted adquiere los sillones y el sofá.»

A mi amigo le gustaban mucho las sillas. Tiene un hotel Luis XVI que es verdadera joyita arquitectónica, en una de esas solemnes y quietas avenidas que parten como radios de verdura y caminos de aristocracia del Arco de Triunfo, y en su hotel hay cierto salón con el que admirablemente cuadraban las ocho sillas.

Se informó, además, prudentemente, y supo,

en efecto, que la propietaria del sofá y de los sillones estaba ya vieja, muy vieja, casi tan vieja como éstos, y resolvióse a llevar a cabo la adquisición.

La anciana no hizo quedar mal al anticuario, fué muy correcta y se murió.

Cuando uno está viejo y tiene muebles así, que los jóvenes desean vivamente, debe morirse. Esto es de lógica elemental.

La anciana fué lógica... Sólo que no murió exactamente cinco años después (tampoco íbamos a exigirle tanta puntualidad). Se murió diez años más tarde.

El anticuario avisó inmediatamente a mi amigo que el sofá y los dos sillones estaban a su disposición. Los herederos de la anciana consentían en deshacerse de ellos. Sólo que había de ser por la módica suma de ciento veinte mil francos. Mientras la buena señora se moría, los mobiliarios de estilo auténtico como aquél, habían subido hasta las nubes... ¡Ciento veinte mil, ni uno más ni uno menos!

Mi amigo no adquirió el mobiliario y se ha consolado con la idea de que sus sillas, incompletas y todo, por lo menos han subido de precio.

Le consuela igualmente pensar que, como decíamos arriba, ya nada se estila así, uniforme. Hay en los salones una variedad muy grande. Diríanse museos. Lo único que se exige es que, cada objeto, sea de mérito o de precio.

En cuanto a los bibelots, o han de ser pocos y buenos o mejor nada.

Pero indicábamos antes que los *menús,* en cambio, se simplifican. En efecto. Las comidas que se sirven actualmente en los *hoteles* más chic de París, son de una sencillez inenarrable: Un pollo, unas costillas de carnero, una legumbre, alguna crema, agua mineral, que varía para cada invitado.

—¿Y usted marqués, Evian?

—No, condesa, Vichy, *grande grille.*

Parecerán aquéllas comidas de enfermo, dirá el lector...

—No, no parecen: son. Todo el mundo está dispéptico, gastrálgico, artrítico, ¡qué sé yo! Todo el mundo sigue un régimen.

A cada uno de aquellos tristes magnates, de

fisiología en reúmas, les ha prohibido el médico alguna cosa...

—*Et surtout par de sauces.*

—*Pas de vins.*

—*Eviter les viandes salées ou fumées.*

—*Pas de gibier.*

—*Pas de graisses.*

—*Pas d'epices.*

—*Pas de crudites.*

Y entre todos estos *pas* van los misérrimos duques, marqueses, condes y barones, *pas* a *pas,* por la vida de dietas y de régimen.

—Tengo, me decía en días pasados un amigo muy rico, tengo el *maître d'hotel* mejor de Madrid.

Es de fama europea. Me cuesta un sentido...

—¿Y qué le da a usted de comer?

—¡Ah! en cuanto a eso, pollo, solamente pollo, con alguna legumbre.

—¿Y para esto lo tiene usted?

—Claro, porque hay que ver el pollo que me da. Usted vendrá a comerlo un día... qué pollo, amigo mío; ¡pero qué pollo!

LAS JOYAS PREDILECTAS

En días pasados hablaba yo al *Imparcial* del enrarecimiento y encarecimiento de las perlas.

Estas, que de dos lustros a esta parte han venido aumentando invariablemente de precio, hace dos años que se encarecen en proporciones todavía mayores, pudiendo asegurarse que una perla que valía en 1905 mil pesos, valdrá aproximadamente hoy mil cuatrocientos, es decir, un cuarenta por ciento más.

Quienes poseen, pues, colecciones de perlas, de tiempo atrás, han hecho el más brillante de los negocios.

Por otra parte, mientras que la química, produciendo por medio de la electricidad temperaturas enormes, logra ya cristalizar diamantes,

fabrica rubíes y zafiros, y acaso en no lejano día, nos dará por viles precios *Kohinores*, *Regentes*, *Braganzas*, *Orloffs* y *Sancys,* la perla sigue guardando, fuera de toda violación, su esencia misteriosa. Puédese imitarla, pero no se puede fabricarla.

Con astucias y paciencias inaùditas, se logra hasta que la ostra recubra cuerpos extraños, que, vueltos perlas, al parecer, se pasean triunfales sobre el pecho y los hombros de una mujer de mundo; pero esas joyas son como los canallas vestidos de frac, como los salvajes que logran adquirir un matiz de cultura: no hay más que rascar un poco y aparece el alma plebeya y vulgar. La perla guarda, por tanto, su divino secreto. Los sabios saben los elementos que la forman, pero no pueden congregarlos y sintetizarlos en el prodigio de un globo idealmente nacarado.

Es preciso que el molusco misterioso que palpita entre las valvas sonrosadas, nos dé su concreción preciosa, engendrada por el beso verde de alguna deidad marina o lacustre.

Marina o lacustre, sí, porque es un error vulgar creer que la perla viene sólo del océano. También hay valvas de agua dulce, que producen perlas.

La perla se pesca en la actualidad en muchos parajes de los mares tropicales y subtropicales de ambos hemisferios.

He aquí algunos datos curiosos, que sobre el particular os traduciré de reciente obra.

«Los bancos de perlas más celebrados desde tiempos remotos—bancos que podrían casi llamarse prehistóricos—,son los del Golfo de Manoar, al oeste de Ceylan, y de la aldea de Arigo, en la costa occidental de esta misma isla, los de Joolayeran cerca de Tuticorin o Finevelly, al sur de la India, ahora agotados completamente por los pescadores furtivos y el Golfo Pérsico, más abajo de las islas Bahrein.

El descubrimiento de América aumentó considerablemente el número de parajes del mar, donde se pueden pescar perlas.

Las aguas que bañan las costas de México y de Centro-América, así las atlánticas como las pacíficas, son ricas en madre-perlas. Colón lo advirtió, desde luego, en el Golfo de México.

Nadie olvida aún por otra parte, las riquezas perlíferas de la Baja California, a las cuales habría salvado indefinidamente una moderada y sabia explotación.

La pesca fraudulenta acaba con los bancos de perlas rápidamente, y muy en breve, esa blanca Anadiomena, surgida de la onda amarga como al conjuro de los dioses, esa láctea o irisada gota de ensueño caída acaso de alguna estrella, no existirá ya más que en los joyeros de los ricos. Pero sigamos traduciendo.

«Hay igualmente pesquerías de perlas en la isla de Labuan y en las islas Zulú, en el océano Indico, así como en las islas de la Sociedad, y es probable que una zona de repartimiento va o iba cuando menos, desde el Golfo Pérsico o acaso desde el Mar Rojo, a través del Océano Indico y el Pacífico, hasta la costa occidental de Centro-América y quizá hasta la costa oriental, antes de que surgiera el Istmo de Panamá.»

Había, pues, algo así como un enorme collar de perlas, que se renovaba constantemente, bajo el enigma de esmeralda de los mares, pero la avidez de los mercaderes va agotando por completo el submarino tesoro.

Este era inmenso: la ambición de riqueza lo fué más.

«También se pesca con buenos resultados la perla en el estrecho de Jorres y en la costa occidental de Australia.»

«Las ostras perlíferas tienen un gran valor, no sólo por esos productos enfermizos que se llaman las perlas, sino por sus conchas, que proporcionan los mayores y más bellos fragmentos de nácar.»

En efecto; el nácar de otras ostras no tiene ni el considerable tamaño, ni las irisaciones maravillosas que hay en la concha y en la madre-perla.

¿Cómo se pescan las perlas?

Exclusiva o casi exclusivamente, por medio de buzos—hombres (o mujeres en el estrecho de Jorres, en razón de ser éstas menos exigentes)—y el procedimiento es idéntico al modo más primitivo empleado para la pesca de esponjas.

Hay un libro especialista *Las ostras perlíferas y sus perlas* de Th. de Hessling, que describe la pesca de perlas, hecha en el Golfo Pérsico, donde se reunieron, en la época favo-

rable, es decir, de Junio a Septiembre, como 4.300 embarcaciones, tripuladas por 30.000 hombres.

«Allí donde hay, dice Hessling, pólipos que atacan al hombre o que, cuando menos, se defienden con energía cuando se los toca fortuítamente, los buzos se envuelven en una especie de vestido blanco, pero generalmente están desnudos, teniendo simplemente un trapo liado a la cintura.»

«Cuando se ponen en obra, divídense en dos secciones, una de las cuales se queda en la barca para sacar del agua a la otra, que es la de los buzos. Los hombres que pertenecen a esta última sección se proveen de una pequeña cesta, súbense a la borda y posan los pies sobre una piedra a la que está unida una cuerda. A una señal convenida, se suelta esta cuerda y los buzos descienden con ella al fondo. Cuando las conchas están amontonadas unas sobre otras, pueden arrancar de ocho a diez de un solo impulso. Entonces tiran de la cuerda y los hombres que están en la barca, los sacan, lo más pronto que pueden, del agua.

«Se ha exagerado mucho el espacio de tiem-

po, durante el cual permanecen en el agua; por término medio llega a cuarenta segundos. Es raro que los buzos sean atacados por tiburones, pero temen mucho a los pristes.» El priste es, como sabrán ustedes, un pez selacio de unos cinco metros de longitud, que tiene en la mandíbula superior un espolón largo, como de un metro, semejante a una sierra. De aquí el nombre de *scie* que le dan los franceses. Es hermano del pez-espada, y se diría un monstruoso caballero submarino, que guarda la divina virginidad de la madre-perla... Pero sigo traduciendo a Hessling.

«A fin de retener mejor la respiración, los buzos se ponen en la nariz un pedazo de cuerno elástico. El buzo no vuelve a bordo cada vez que sale a la superficie. Se sostiene en la cuerda al lado del buque, mientras toma aliento, y, generalmente, después de unos tres minutos de reposo, torna a sumergirse.»

Y así vienen hasta ti, amiga mía, del fondo de los mares incontaminados, así vienen a en-

redarse en tu cuello adorable esas perlas blancas, o de un sonrosado grisáceo como ensueño de luna o intento de aurora.

Y así se forman esas admirables colecciones.

La de la reina Margarita de Italia, valuada, hace mucho tiempo, en dos millones de pesos; la de la emperatriz de Alemania, de la que se dijo que valía millón y medio; la de la reina Alejandra de Inglaterra, que vale más de un millón; la de la duquesa de Mecklemburgo-Schiverin, la de la zarina, la de la duquesa de Marlbouroúgh, y las que los omnipotentes americanos de la 5.ª Avenida, comienzan a aprisionar en sus joyeros.

Y así, el alma enigmática de la perla es arrancada a sus penumbras móviles y al misericordioso regazo de esmeralda del océano para embriagarse de luz sobre otra onda, la rosada, tibia y palpitante de tus senos!

ALGO SOBRE EL CARLISMO

A PROPÓSITO DE LOS ÚLTIMOS INCIDENTES DE BARCELONA

Los incidentes, hasta ahora sin importancia, de Barcelona, de los cuales habrán tenido ustedes noticias por el cable, han vuelto a *poner sobre el tapete,* como se dice en jerga periodística, el problema carlista.

¿Y qué es eso del carlismo?—se preguntarán ustedes con cierta curiosidad.

Porque sin que ello constituya una ofensa (¡y por qué había de constituirla!), muchísimos mexicanos sabemos vagamente que hay un Don Carlos que pretende la corona de España... y eso es todo.

Hay que advertir, no obstante, para nuestro descargo, que si no sabemos más acerca del asunto, ello será porque el asunto nos interesa muy poco.

—¡Hay tantos pretendientes en el mundo!

¡Quién no pretende algo, Dios mío!

¡Todos le *hacemos el oso* a alguna quimera que se asoma a alguna inaccesible ventana de la vida!

Yo *pretendo* en estos momentos interesaros con mi crónica.

¡Ojalá que después de haberla leído no pretendáis vosotros, por vuestra parte, que no os he interesado en lo más mínimo!

¿Queréis, sin embargo, que intente cautivar vuestra atención?

Acaso no perdiérais nada con saber algo de lo que es el carlismo.

Acaso no ganaréis nada tampoco...

Pero en fin, algo es ya en este mundo saber una cosa más, sin perder en ello, sobre todo si atendemos a que cuanto conocimiento adquirimos nos cuesta, cuando menos, una ilusión.

Al deciros que muchos mexicanos no *sabemos* gran cosa acerca del *carlismo,* entraba yo en ese plural «sabemos» por pura modestia.

Porque yo *sí sé.*

¿Cómo podría no saber si el portero del inmueble en que estoy siempre a vuestras órdenes es carlista convencido?

¿Cómo no saberlo si he estado bastante tiempo en los Pirineos españoles?

El *carlismo* busca la montaña...

Mi portero me ha llenado los bolsillos de folletos, desde que un día, sonriendo, le dije:

—¿Es cierto que en el programa de Don Carlos figura el rosario obligatorio todas las noches y en toda España?

Recuerdo vagamente, en efecto, con lo cual dicho está que acaso recuerde mal, haber leído, si no esto, algo por el estilo en el programa carlista que publicó hace muchos años, íntegro, un importante diario madrileño.

Se establecía una censura para toda clase de espectáculos, a fin de no permitir más que aquellos que movieran las almas a la virtud. (Sistema que hubiera traído la inmensa ventaja de acabar con el *género chico.)*

Se cerrarían los cafés temprano. (Sapientísima medida, porque habría algunos españoles inquietos, que, sin cafés abiertos, pensarían en algo más útil que en hacer política.)

No se permitiría a ningún individuo acompañar o seguir en la calle a mujer alguna, a menos que probase que era la suya, o bien su hermana, o bien su hija, o bien la autora de sus días. (Con una disposición semejante, aplicada a los lagartijos de Plateros y a su insoportable *floreo,* cuanto íbamos ganando. Don Carlos... (me refiero en esta vez a Don Carlos Villegas) intentó algo por el estilo, cuando fué inspector general de Policía, pero sin el éxito merecido.)

Mi portero, a pesar del leve trato de inocente humorismo que se advertía en mis palabras, protestó contra ellas con cierta energía, y al día siguiente, al pasar frente a él, me detuvo y me ofreció un folleto, que me leí de cabo a rabo, porque yo me leo todo, desde los anuncios de los periódicos hasta Nietzsche y me intereso por todo, desde las *píldoras rosadas* hasta el *imperativo categórico.*

Una semana después, mi portero me ofreció otro folleto.

A estas fechas poseo como veinte.

¿Queréis que antes de devolvérselos a mi portero los hojeemos juntos?

Será a simple título de información, que nos ayude a comprender mejor la de los periódicos españoles cuando nos hablen de levantamientos carlistas (hasta ahora, afortunadamente, sin importancia).

Os advierto, para vuestra tranquilidad, que seremos breves y que no nos referiremos sino al hecho histórico.

Don Felipe V de Borbón y los procuradores en Cortes derogaron la ley de Partidas y promulgaron la ley Sálica-gombeta para regular la sucesión del reino. La reforma en cuestión alejaba del trono a las mujeres, aunque estuvieran en grado más próximo, en tanto que hubiese varones descendientes del monarca, en línea recta o transversal, no admitiendo a las hembras sino en el caso de haberse extinguido to-

talmente la descendencia varonil en cualquiera de las dos líneas. Esta pragmática fué dada en Madrid en Mayo de 1713 y según ella, «por lo tanto» (este por lo tanto no es mío, sino de los carlistas), no debió reinar doña Isabel II, hija de Fernando VII, sino su tío carnal, el hermano del rey, el infante Don Carlos, quien, según los carlistas, era el verdadero príncipe de Asturias.

Don Carlos, cuando la jura de su sobrina, envió a su hermano Fernando VII y a las Cortes de Europa la siguiente protesta:

«Señor:

«Yo, Don Carlos María Isidro de Borbón, infante de España. Hallándome bien convencido de los derechos que me asisten a la corona de España, siempre que sobreviviendo a vuestra majestad no deje un hijo varón, digo que ni mi conciencia ni mi honor me permiten jurar ni reconocer otros derechos, y así lo declaro.»

Tal fué el primer capítulo del *Carlismo,* que tanta sangre ha costado a España:

El Don Carlos actual es nieto de este hermano de Fernando VII, que se llamó Carlos V, y que tuvo dos hijos varones: Don Carlos, que se llamó Carlos VI, y don Juan, que a la muer-

te de su hermano se llamó Juan III, y abdicó en París el 3 de Octubre de 1868, en favor del actual Don Carlos, a quien sus partidarios llaman Don Carlos VII.

He aquí en breves palabras toda la historia de la sucesión carlista, que los convencidos dicen es la legítima.

Ahora bien; los liberales sostienen que esta sucesión fué derogada por la ley pragmática de Carlos IV, acordada en las Cortes del Buen Retiro, de 1789.

Los carlistas responden a ello que esa ley no fué promulgada, y que, por lo tanto, no llegó a ser ley.

Los liberales afirman que Fernando VII, en su decreto de 26 de Marzo de 1830, dirigido al Consejo, mandó que se publicasen la ley y pragmática, acordadas en las Cortes de 1789, y que, por lo tanto, esa ley y pragmática son válidas.

Los carlistas contestan que Fernando VII no tenía autoridad para dar validez a esa ley,

porque *quod ab initio non subsistit tractu temporis convalescere non potest* (perdón por el latinajo y que os lo traduzca Victoriano Salado Alvarez).

Añaden los carlistas que Fernando VII derogó en la noche del 18 de Septiembre de 1832 la pragmática-sanción de 29 de Marzo de 1830, «decretada por su augusto padre a petición de las Cortes de 1789, para restablecer la sucesión regular en la corona».

Y replican los liberales que el 31 de Diciembre de 1832, Don Fernando VII hizo una declaración autógrafa, diciendo que su decreto codicilio de 18 de Septiembre le fué arrancado por sorpresa, por lo que restablecía la pragmática-sanción de 29 de Marzo de 1830.

Y dicen los carlistas:

...pero os hago gracia de esta argumentación, imaginando que con lo apuntado estáis ya en autos del asunto y sabréis de lo que se trata cuando de *carlismo* os hablan.

Por otra parte, no deseábamos averiguar más, ya que a nosotros no nos toca discutir estos asuntos.

Añadiremos, sí, que Doña Isabel II fué

solemnemente jurada princesa de Asturias, en 20 de Junio de 1833, por las Cortes reunidas en la iglesia del Monasterio de San Jerónimo.

Fernando VII murió el mismo año de 1833, y de 1833 a 1840 duró la regencia de la Reina María Cristina, a la cual siguió la regencia de Espartero, de 1841 a 1843.

La primera guerra carlista se encendió en 1834, durando hasta 1839.

Doña Isabel II subió al trono en 1843 y fué destronada en 1868, después de una revolución progresista, en la que tomaron parte tantos jóvenes que después fueron prohombres de España.

La segunda guerra carlista duró de 1872 a 1876, reinando ya don Alfonso XII. En cuanto a los actuales movimientos de Barcelona, no han tenido importancia alguna, como decía al principio. Los carlistas caracterizados los desautorizan, y el mismo Don Jaime, el hijo del pretendiente actual, que acaba de estar en la capital catalana, a donde, así como a Madrid, ha venido frecuentemente de incógnito (sin que, aunque se le conoce a veces, se le mo-

leste lo más mínimo), dijo el otro día en una interviú a un redactor de *El Imparcial:*

«En mis visitas a los pueblos he hablado con muchos carlistas, y he procurado enterarme del estado de ánimo de Barcelona, adquiriendo el pleno convencimiento de que allí no hay separatistas, o los hay en número insignificante; que allí no hay más que defensores de la autonomía administrativa.

Al llegar don Jaime a este punto detúvose, y contestando a las preguntas del redactor, añadió:

—Yo no me ocupo de política. Soy, por el momento, un capitán de Caballería del ejército ruso, y mientras tenga un puesto en esas filas no debo ocuparme en los negocios de España. Por otra parte, no tengo más que una idea, que es la patria.

– Las noticias de España—insinuó el redactor de *El Imparcial* — acusan alguna agitación carlista, y *Le Temps* mismo recoge importantes rumores sobre este punto.

—Ya he visto que suponen que estoy cerca de Cataluña—respondió don Jaime—. Usted me ve en París. Ni de cerca ni de lejos pienso en semejantes cosas. Es más: puedo asegurar que mi padre no autoriza trabajos de ningún género en ese sentido, y después de mi viaje a Barcelona, puedo añadir aún otra cosa, y es que esas supuestas agitaciones serán de quien sean, si es que existen, menos de los carlistas.»

•

Pero, dirán ustedes, si esto es así, si no tiene ninguna importancia, ¿por qué nos ha en-

tretenido usted haciéndonos leer varias columnas de *El Norte?*

¡Ay de mí!, necesitaba un pretexto para escribir una crónica.

¡Qué sería de los cronistas sin un pretexto... sin un solo pretexto!

NOCHES BLANCAS Y DIAS BERMEJOS

LOS QUE HAN MATADO AL SUEÑO

Después, de observar detenidamente a los madrileños, he llegado a convencerme, con cierta ligera sorpresa, de que no duermen a ninguna hora.

¡Han matado al sueño!

París tiene un momento de reposo, aun en el corazón mismo de la inmensa capital.

Hay un instante, a eso de las tres de la mañana, cuando los trasnochadores se acuestan y los madrugadores no se levantan aún, cuando se cierran los últimos (o si ustedes gustan, los penúltimos) cafés y no empieza aún el rodar de los carros que surten los mercados centrales; hay un momento, digo, en que el monstruo se aletarga.

En Madrid no pasa esto. Madrid no se aletarga, no dormita jamás. O es acaso como uno de esos gigantes de los cuentos, que duermen con solo un ojo.

A las tres de la mañana, el habitual escenario de la Puerta del Sol está en plena animación.

Infinidad de grupos hablan de política, y naturalmente, componen el país, lo arreglan a su gusto; los papeleros vocean la *Correspondencia,* la *España Nueva* y el *Heraldo*, que sale por lo común a las diez de la noche y que, sin embargo, es quizá el periódico más leído de España; los cafés están henchidos de parroquianos, resonantes de risas, charlas, gritos, y ruedan por todas las calles los coches que conducen a sus casas a los que vuelven de una comida, de una visita o de un club.

Y este movimiento continúa, menos nutrido, si se quiere, hasta el amanecer y se empalma con el trajín matinal y luego con el ir y venir de los que viven dispuestos a aprovechar la menor ocasión—así sea del tamaño de una lenteja—que se presente para perder el tiempo, y los cuales, desde temprano, se estacionan en

los alrededores del Palacio, de donde no se retiran sino a eso de la una de la tarde, para tornar a eso de las dos de la misma.

¿Qué hacen allí? Pues ven el entrar y salir de personajes: de los ministros a quienes toca acuerdo, de los señorones que vienen a cumplimentar a los Reyes; el ir y venir de los alabarderos y gentileshombres de servicio, y sobre todo, el relevo de la guardia.

¡El relevo de la guardia!

Yo me pregunto qué haría el pueblo de Madrid sin el relevo de la guardia, júbilo cotidiano de los pobres.

A él asisten diariamente centenares de personas.

El que no es observador, acaso se dirá:

—¡Cómo hay gente para todo!

Pero quien siquiera de pasada observe, notará que aquella multitud, salvo cuatro o cinco extranjeros, curiosos, que nunca faltan, es la misma, exactamente la misma que el día anterior.

El relevo de la guardia es, en realidad, para esos, para los humildes, para los que son felices oyendo los pasodobles y ven pasar siempre como un panorama de ensueño la móvil

mies de las bayonetas y de las espadas, la gayería de los uniformes.

Por lo demás, difícilmente habrá un Palacio tan acogedor, tan democrático si ustedes me permiten el calificativo, como este viejo Palacio de Madrid.

Basta verlo invadido a todas horas por todo el mundo. El Rey, las Reinas y los Infantes salen y entran materialmente a través de la multitud de bobos.

Los infantes don Carlos y don Fernando, que cumplen con las obligaciones del servicio en Alcalá, donde sus Cuerpos están de guarnición, dos veces al día, cuando menos, atraviesan aquella masa compacta que apenas si abre paso al landó o al automóvil que los lleva.

Cuando la corte se va a San Sebastián, como acontecerá en breve, a tiempo que ustedes reciban estas líneas, el pueblo que veranea en Madrid, como las golondrinas, se pone tristón. No más grupos de curiosos, no más cotarros de golfos estacionados en la plaza de Oriente entre los puestos de agua fresca.

La guardia tonificada, se congestiona en los garitones.

Se acabó la fiesta gratuita, el sonriente espectáculo diario.

El majestuoso alcázar del gran Carlos III, parece bostezar por todas sus ventanas.

Los semiderretidos dragones que la ordenanza planta de vigilancia en la Plaza de Armas, ni siquiera tienen arrestos para decir un piropo a las criaditas sonrosadas que afrontan la rabia del sol y los ardores caniculares de los enamorados callejeros.

Pero que se extinga uno de estos lentos y radiosos crepúsculos de estío, rebeldes a la muerte, que entre las arboledas de la villa flameen los primeros focos del alumbrado; que la suave misericordia de la noche caiga sobre las calles ardientes y veréis cómo este ajetreo, cómo esta balumba, cómo este hormiguero de madrileños, se activan. Va a empezar la verdadera vida de Madrid: el rasgüeo de las guitarras, el lloriqueo voluptuoso de las coplas, el vivaz y apasionado comentario torero, la charla política y el inevitable dúo de amor, hasta que palidezcan las misteriosas y lejanas estrellas...

UN MUNDO ENIGMÁTICO

Ustedes oyeron sin duda decir—todo el mundo oyó decir esto—que en la estación de Cape-Clear, los empleados de la telegrafía sin hilos por el sistema de Marconi, venían oyendo desde hace algún tiempo, a la media noche, tres golpecitos breves y precipitados que misteriosamente redoblaban en el silencio de la oficina. Se preguntó a todas las estaciones del mundo para ver si de alguna de ellas provenía el enigmático llamamiento, y como unánimemente respondieron que no, se concluyó que si aquellos golpes no venían de la línea vendrían del cielo.

¿De dónde? De Marte, esa esfinge roja de

nuestro sistema planetario, que esconde tanto secreto.

Como la Prensa es la jeringa más perfecta que se ha inventado para hincharlo todo, un mes después la noticia, desfigurada, soplada, engrosada, corría por los periódicos y revistas de ambos hemisferios. El *Je sais tout,* el populachero magazine parisien en un artículo lleno de inexactitudes, nos hablaba de tres puntos observados en la superficie de Marte, en 1892 y en 1901; estos tres puntos coincidían con los de la estación de marconigramas de Cape-Clear. Se trataba, pues, sin duda, de Marte, de Marte donde, según cierto espírita americano—hombre que a pesar de lo yankee y lo espírita tiene muy poca imaginación; me refiero a Mr. Leyson, citado con delicias por *Je sais tout*—, los marcianos son de dos clases: unos, gigantes, cuatro veces más grandes que el hombre; velludos hasta un punto tal, que no tienen necesidad de vestirse, y cuya voz produce un espantoso estruendo; los otros, algo así como trogloditas, y poseedores de la preciosa facultad de pasearse a lo largo de muros verticales, exactamente como las mos-

cas. Tienen estos últimos los ojos a ambos lados de la cabeza, como los caballos, y unos agujeros en las mejillas sustituyen a la nariz, que no existe. Viven, por último, entre animales que en nada se parecen a los nuestros, y que son verdes, rosados y amarillos.

La verdad es que el planeta Marte merecía que lo trataran más en serio, sobre todo, porque de ese mundo rojo es de donde han de venirnos las más grandes sorpresas en un próximo futuro, quién sabe si en este mismo año de 1907 que va a comenzar y durante el cual el misterioso planeta se aproximará notablemente a la tierra.

H. G. Wells, en su *Guerra de los Mundos,* con mucha más fantasía que el pobre de míster Leyson, describe, a los marcianos, como unos seres que se asemejan al pulpo en virtud de su configuración extraordinaria. Son, para expresarme de una manera sintética, unos cerebros provistos de tentáculos, unas inmensas arañas con dos ojos enormes de una expresión intensísima de inteligencia y con largos apén-

dices de una fineza increíble. Estos seres absurdos, previendo el exceso de pesantez de la tierra en relación a su planeta, traen en su viaje a nuestro mundo una especie de trípodes gigantescos, de metal desconocido y de pies articulados, en cuya intersección se yergue una torrecilla blindada a la cual el marciano se encarama y por ministerio de una maquinaria curiosísima, marcha a grandes zancadas y neutraliza la gravedad. Los marcianos no hablan. Su lenguaje, es la simple y silenciosa comunicación del pensamiento. No tienen sexo. Se reproducen como las frutas en el árbol. En aquel núcleo de arañas, va hinchándose un germen extraño, que un día se desprende de él y se mueve con vida propia; es un marciano niño. Los marcianos no tienen tampoco, como se colige de su estructura, tubo digestivo. Se inyectan fácilmente—¡horresco referens!—sangre de ciertos animales de su planeta, sangre que aquí sustituyen por la del hombre (1). Hasta aquí los

---

(1) Esta misma versión de la obra de Wells *Guerra de los Mundos*, se encuentra, ampliada, en el volumen XXVIII (pág. 23) de estas Obras completas.—*(Nota del editor.)*

marcianos, según Wells. Veremos ahora los marcianos según Flammarion.

Un espíritu escapado de Marte, dice en una de sus fantasías ultraterrestres de que tanto gustaba en otros tiempos, este astrónomo.

«Aquí no se come, no se ha comido nùnca, no se comerá jamás... Los organismos se nutren o, mejor dicho, renuevan sus moléculas por medio de una simple respiración, como lo hacen nuestros árboles terrestres, cada hoja de los cuales es un pequeño estómago. Vosotros... vosotros tenéis los brazos llenos de sangre. Vuestros estómagos están repletos de vituallas. ¿Cómo queréis con organismos de tal suerte groseros, tener ideas sanas, puras, elevadas, y aun diría (perdonándoseme la franqueza), ideas limpias?»

Pero volviendo a los tres puntos telegráficos de marras, he aquí cómo el mismo Flammarion argumenta en su contra:

«Es muy poco probable que los hipotéticos habitantes de Marte hubiesen escogido este año de 1906 para entrar en relaciones con nos-

otros, porque desde hace un año estamos a la distancia máxima, ya que el planeta se ha alejado del otro lado del sol. Por otra parte, ¿cómo habría podido recibirse este mensaje marciano todas las noches, entre las doce y la una, justamente cuando el planeta no está por encima de nuestro horizonte, sino al contrario, en su pasaje inferior en compañía del sol?»

Sin duda que si en Marte hay habitantes y, como es probable, se dan cuenta de nuestra aptitud para comunicarnos con ellos (cosa fácil si se tiene en cuenta que deben ser infinitamente más civilizados que nosotros, ya que su evolución se efectúa desde hace millones de años), escogerán para cambiar algún signo de inteligencia con la tierra, períodos tan favorables como el de la próxima oposición de 1907. En efecto, hacia la medianía del año entrante, Marte se aproximará a la tierra mucho más que en todas las oposiciones anteriores, desde hace quince años.

En los meses de Mayo, Junio, Julio y aun Agosto, le veremos lucir en nuestro cielo con un brillo comparable al del planeta Júpiter.

Dados los adelantos de la óptica y sobre

todo de la fotografía aplicada a la astronomía, y dados asimismo el afan, el entusiasmo, la multiplicidad de recursos con que todos los observatorios del mundo se preparan a estudiar al planeta durante una vecindad tan favorable, no es utópico suponer que algo nuevo, quizá una revelación inesperada, pueda venirnos antes de un año de ese mundo que radia como un gran rubí en el divino joyero de la noche.

En la pasada oposición de 1905 (realizada en condiciones muy inferiores a las en que se realizará la próxima), en el observatorio Lowell, en Flagstaff, Arizona, donde el cielo es extraordinariamente puro, el eminente astrónomo americano míster Lampland, logró obtener muchas fotografías de Marte, en las que aparecen algunos de los famosos canales, a saber, Nilosyrtis, el Casius, el Vexillum, el Cerbero, el Helicon, el Estigia y otros, que, según la afirmación de algunos escépticos, no eran más que el resultado de una ilusión óptica.

Todo hace, pues, presumir que en esta oposición de 1907, los resultados serán muy notables.

Si hubiese un rico o varios ricos que en

vez de derrochar su dinero en vanidades, pensasen en hacer avanzar por medio de él a la humanidad, se reunirían para pedir a la casa Carl Zeiss, de Jena, por ejemplo, que es la mejor casa de óptica del mundo, el mayor objetivo perfecto que pudiese obtenerse. Supongamos que este objetivo, dada la potencia de los actuales recursos científicos, pudiese ser de dos metros de diámetro (los mayores que ahora existen, que son los americanos, apenas pasan del metro).

Un objetivo tal podría costar, ya montado, y con un sistema de relojería perfecto también, hasta unos cinco millones de francos. Sería susceptible de dar, con toda claridad, con una definición precisa, aumentos hasta de quince mil decímetros.

Instalado el aparato, que sería gigantesco, pero que gracias a la suavidad de sus ruedas, de sus palancas, de sus cremalleras, de todos sus engranes, un niño podría mover con el dedo meñique, instalado, digo, en un lugar donde la atmósfera fuese siempre diáfana y serena (hay muchos lugares así en la tierra), nos ampliaría hasta el vértigo los horizontes

del infinito. Todos los planetas de nuestro sistema nos revelarían sus secretos y de Marte sabríamos acaso tanto, que equivaldrían nuestros conocimientos, merced a él adquiridos, al fruto de muchos miles de años de estudios y observaciones sobre la tierra.

Pero suponiendo que ese lente de dos metros de diámetro fuese posible, dado el estado actual de la óptica, ¿dónde están el rico o los ricos que la paguen?

Míster Carnegie sería acaso el único, pero a él, más que todo, le da por regalar bibliotecas.

Hay otros muchos archimillonarios para quienes cinco, diez, aun quince millones de francos, dado que a tanto ascendiera el costo de tal observatorio, no son nada, no significan nada... pero prefieren gastarlos en yachts y en automóviles.

Y mientras esto pasa, un hombre eminentísimo, que ha prestado ya grandes servicios a la Ciencia, el sucesor del Padre Secchi en sus estudios sobre el sol, el autor de *Le Problème Solaire,* el Padre Moreux, profesor de Cosmografía del Seminario de Bourges, en Francia, se ve obligado, gracias a la ley de separación,

a quitar su observatorio, instalado en un techo del Seminario, y no tiene *veinte mil francos* para instalarlo en otra parte. Y ese hombre admirable que sabe como ninguno observar y dibujar las manchas solares y la geografía de los planetas, por no tener veinte mil francos, lo que cualquier gomoso anodino gasta en un automóvil, no podrá continuar sus luminosos trabajos.

Convengamos en que la humanidad es a veces mucho menos apreciable de lo que suponemos los optimistas impenitentes y en que no merece que haya espíritus de elección decididos a sacarla de su estancamiento e inferioridad donde, con sus ideas de guerra, de rapiña, de asesinatos, de crimen, de gula, etcétera, parece hallarse tan bien.

LA REINA CONCHA

¡UNA HISTORIA QUE PARECE CUENTO

AHORA que se va haciendo costumbre eso de las visitas *internacionales* entre reinas de *mi-carême,* y que Madrid agasaja a las «majestades» que los mercados de París le envían: tres graciosas soberanas nacidas entre la verdura de los «Halles» Centrales, quiero que recordemos juntos la historia de Conchita, una historia de psicología diáfana, pero por todo extremo interesante.

Conchita es un tipo madrileño neto y destarado. Más bien pequeña que grande, con dos ojazos que son dos graciosos atentados de la naturaleza contra la paz del prójimo, un rostro oval, de un moreno mate, una boca fresca y

sana y la mar de garbo y de *ángel* en todo el cuerpo y en toda el alma.

Conchita pertenece a la clase pobre, y vive, o vivía, en un quinto piso, donde mañana y tarde *cosía* y *cantaba*... como en el refrán.

Toda su riqueza era su hermosura y, por lo tanto, como el griego Bías, podía exclamar: *omnia mea mecum porto*.

Afortunadamente Conchita no sabía latín... y no exclamaba ni esto ni cosa parecida.

En Madrid abundan las mujeres bonitas y acaso la belleza de Conchita que, en suma, no es extraordinaria, habría pasado inadvertida para los más; pero la muchacha se hacía querer y sus amigos iban formándole aureola y dándole cartel, hasta tal punto, que cuando se trató de elegir reinas madrileñas para que asistiesen a la *mi-carême* parisiense, Conchita fué designada para *tan alto puesto* por el sufragio de los de su parroquia.

Y un día, día sin paralelo, cierta comisión entusiasta subió resollando recio todas las escaleras necesarias para llegar a las excelsitudes donde moraba la soberana y notificó a ésta la decisión popular.

Conchita enrojeció como los vivos claveles que llameaban en sus negros cabellos. Una emoción sin precedente le hizo saltar, bajo de las dos palomas dormidas de los senos, el corazón adolescente.

¡Era reina! ¡Iría a París!... ¡a París! ¡Vaya si había razón para conmoverse!

Desde aquel instante Conchita ya no se perteneció. Perteneció a las exigencias de su *suprema investidura;* a la *razón de Estado*. Al protocolo.

Se le hicieron trajes adecuados a su posición. La mejor peinadora del barrio vino a peinarla, metiéronla en un departamento del sud express. Echó a andar la máquina. En el camino, flores y *vivas*...

Un ensueño, en fin, a través de la amarillenta meseta castellana, de las rientes praderas Vascongadas, de las landas del sudoeste de Francia, perfumadas por los pinos.

Cayó la noche segunda del viaje y, de pronto, en el camino empezaron a menudear las luces, muchas luces, un piélago de luces.

El tren se metió resonando en una inmensa estación.

Un grupo de caballeros esperaba en el andén, con grandes ramos de flores.

Conchita oyó aclamaciones, recibió rosas, lirios, claveles, lilas... ¡qué sé yo! La subieron a un landó, la llevaron por avenidas imperiales, cuajadas de fulgores, estallantes de ruidos y de músicas, a un gran hotel. Durmió mal, sacudida por todo género de impresiones, presa de deslumbramientos indecibles, y al día siguiente, se desarrolló el principal capítulo del cuento de hadas.

Sería muy difícil para Conchita referir lo que hizo y lo que vió en ese día y en los siguientes de su reinado.

Recuerda, de una manera confusa, con la deliciosa vaguedad de los más lindos ensueños, que fué llevada en triunfo por la ciudad enorme, que el Prefecto del Sena la saludó con bellas y corteses palabras, que el presidente de la República le envió un gigantesco *bouquet* de las más exquisitas flores, que una legión de fotógrafos la enfocaba a cada instante, que una multitud infinita la aclamaba, que asistió a galas magníficas, en el palco de honor de teatros bellísimos, que hizo, en trenes especiales, ex-

cursiones por la adorable *banlieu* parisiense, donde el caudal de plata del río histórico y famoso, se retuerce entre bosques y praderas sin límites.

Recuerda... pero no, ¡a qué decir todo lo que recuerda, a qué escarmenar la seda polícroma de que están enhebrados estos ensueños, estas visiones...!

Una mañana Conchita fué llevada a la *Gare d'Orleans*, fué metida de nuevo en un departamento del sud-express, volvió a contemplar las landas guarnecidas de pinos marítimos, sobre las que cayó la noche.

Al día siguiente ante sus ojos se extendía la dorada llanura castellana...

Después, la calle de Alcalá, y por fin su quinto piso, sus padres que la besaban, la visión humilde de su rincón... y una inconmensurable, una trágica, una espantosa melancolía...

—Madre, dijo Conchita, un día después de su llegada a la triste autora de sus días que, adi-

vinándolo todo, la contemplaba en silencio. Madre... yo me vuelvo a París.

—Pero a qué, hija mía, cómo... Ya no eres reina...

—Madre, yo aprenderé a bailar, a cantar... y volveré a París. Es imposible que me quede aquí después de lo que he sido, de lo que he visto.

Y al adverrir lágrimas en los ojos de la pobre mujer, Conchita, llorando también, le echó los brazos al cuello y le murmuró al oído:

—¡Tú vendrás conmigo!

ANTIGUEDADES Y ANTICUARIOS

Funciona en Madrid, de poco tiempo a esta parte, un establecimieuto nuevo, una sala de ventas a martillo, a semejanza, aunque muy en pequeño, del celebérrimo *Hotel de Ventas* de París.

Los objetos que van a subastarse no tienen fijado precio alguno. Los postores se los marcan mediante la oferta pujando hasta llegar a un límite que, instintivamente, nadie sobrepasa.

Este límite es de tal suerte fijo, si se trata de pujadores inteligentes, que cuando no se sabe el valor de un objeto, se recurre a la comparación con otro análogo que ha sufrido ya la subasta.

Cuando los pujadores son simplemente aficionados de esos que buscan cosas raras o curiosas sin una noción exacta de su valor, entonces la sugestión colectiva es factor de enorme transcendencia.

Ciertos objetos que no valen nada, alcanzan precios absurdos, sin que medie trampa alguna, sino simplemente por el contagio de la sugestión.

Aunque parezca perogrullada diré que alcanza altos precios sólo aquello que se puja y por el simple hecho de que se puja, independientemente de todo valor.

En el público de aficionados se produce un cosquilleo interior que hace pujar objetos que en otro medio y en otras circunstancias serían menos preciados.

La mejor manera de obtener un objeto a un precio, relativamente bajo, he notado que es ésta: Ofrecer, cuando se le subasta, una cantidad mínima y luego callar. Las ofertas regularmente, continúan lánguidas, sobre todo, si el primer interesado aparenta que desdeña pujar más.

Cuando se dice el consabido «tantas pesetas

a la una, tantas a las dos», etcétera, se puede, negligentemente aumentar la oferta, pero sin signo alguno que muestre el menor deseo de competir con otros licitadores.

Si este ofrecimiento de última hora enciende de nuevo la lucha, callar otra vez para no echar leña al fuego, y cuando el vocero torna a lo de *tantas pesetas a la una, tantas a las dos,* arrojar, así, con pachorra y aire de no quebrar un plato, una nueva oferta.

No hay que mostrar impaciencia de adquirir un objeto.

Si se trata de algo precioso, vuestra actitud interesada divulgará el precio. La sangre fría del que tiene *poker de ases*, y para dar un buen golpe inicia ofertas tímidas, vacila en aceptar las de los otros y, de indecisión en indecisión, los va llevando hasta las sumas locas, debe ser la que norme al que pretende adquirir barata alguna preciosidad artística.

Los anticuarios, para engañarse mutuamente, en las salas de ventas, recurren a todos los arbitrios.

Por cuantos medios pueden, con palabras dichas hábilmente, en voz baja, pero de mane-

ra que las oigan los interesados, procuran hacer desmerecer el objeto que codician y amilanar a los tímidos. Luego pujan indolentemente, «por capricho», o «por no dejar», o «porque el objeto no se retire».

Otras veces, cuando comprenden que no ha de valer la astucia, recurren a la franqueza y se ponen de acuerdo:

—Déjeme usted comprar esa cruz. No ofrezca. Yo, en cambio, no pujaré en el cuadro que a usted le interesa.

Estos complots son fatales para el subastador, a menos que éste disponga de amigos finos, que no dejen estacionarse en precios viles una cosa de valor.

Cuando se teme que un objeto de mérito se subaste en poco, se le retira a tiempo, y si no se puede, los amigos del dueño lo elevan al precio conveniente.

Otra de las astucias más socorridas de los anticuarios es la de no dejar ver a otros interesados aquello que se quiere adquirir. Como para cada subasta hay tiempo limitado, el examen minucioso de un objeto que pasa de mano en mano en un grupo determinado, no deja es-

pacio para que todos los de la sala puedan mirarle. Las ofertas se resienten de ello. El martillo cae antes de que la cifra se haya vuelto substanciosa y el anticuario ladino se lleva lo que quiere a bajo precio.

En otras ocasiones, mientras un conocedor desdeña en voz alta un objeto con palabras perentorias y aun lo ve roto o maltratado, otro conocedor distante, en convivencia con él, puja sin entusiasmo. El público le compadece porque va a quedarse con una *maula* cualquiera y él se estremece de gozo en su interior, pero con la máscara de frialdad absoluta.

La frialdad es el todo en esto de las ventas de antigüedades, lo mismo que en las compras.

A confirmarlo viene la anécdota que voy a referir.

Anatole France, que es un coleccionista *enragé*, llevó a París, de un reciente viaje a Burdeos, una hermosa colección de *bibelots* turcos.

Los amigos del escritor no sabían qué admirar más, si las maravillas que France les mostraba o el precio relativamente módico en que las había adquirido.

—Voy a revelaros mi secreto—díjoles el gran escritor—. Cuando entro en un bazar de antigüedades, escojo lo que me conviene, sin hablar palabra, y con un método y una frialdad que impresionan inmediatamente al dueño de la casa. Nunca hago la más leve consulta sobre la autenticidad o provenencia de nada.

Después de reunir los objetos que me agradan, pregunto el precio lo más fríamente que puedo y pago sin pedir la más mínima rebaja.

No es raro que el anticuario me diga al hacer el paquete: «Se adivina que es usted un profesional negociante de París, de seguro, ¿eh? Por ser colega, no le cargaré en el precio. Los lobos no se muerden unos a otros».

Y el gran artista añadió sonriendo:

—Y yo me sentí muy orgulloso de que me tomen por vendedor de antigüedades.

UN PROFESOR DE ENERGIA

El próximo mes de Mayo, todas las poblaciones que formaban el antiguo reino de Aragón, a saber: Zaragoza, Barcelona, Valencia, Palma de Mallorca, y probablemente también algunas ciudades de la región francesa de la frontera, celebrarán el séptimo centenario del nacimiento de Jaime I el Conquistador.

Esta celebración revestirá desusada esplendidez, ya que a ella concurren con elementos valiosos, agrupaciones, personalidades y círculos importantes de cada una de las ciudades mencionadas.

Como coincide el centenario de don Jaime con el de la Independencia, se sumarán ambos festejos, resultando así más pomposos.

El rey mismo, a lo que se afirma, piensa asociarse al homenaje que va a tributarse al *Conquistador,* y por cierto, que la forma que ha ideado, es por todo extremo simpática. Cuéntase, en efecto, que visitará Valencia, Barcelona, Palma de Mallorca y demás puertos del antiguo reino, sobre todo aquéllos que fueron teatro de las más contadas hazañas, de Jaime I. Y los visitará, no con la sencilla y común solemnidad de otras veces, sino seguido de toda la escuadra española, que le formará escolta de honor a través del Mediterráneo.

Si *don Jaime el Conquistador* hubiese vivido en estos tiempos, habría merecido el nombre tan en boga en la actualidad, de *Profesor de energía*. En efecto, la voluntad, una voluntad maravillosa, inquebrantable, una voluntad de diamante, fué su característica.

Su arrojo, su valor, su audacia, aquellos bríos conque según la vieja expresión *aventaba a los agarenos con la cola de su caballo*, nada eran en comparación de la excelencia de su voluntad.

Difícilmente se encontrará un ser que mejor sepa luchar contra el destino, que este don Jaime de hierro.

Nació en Montpellier, en 1208, siendo sus padres doña María, hija única y heredera del último de los Guillén, conde de Montpellier y don Pedro II, rey de Aragón.

Desde el nacer (como si una mala hada hubiese extendido la mano sobre su cuna), pareció destinado al infortunio, y muy temprano, conoció el abandono, el destierro, la derrota, el cautiverio, males que, merced a la misteriosa alquimia de su invencible espíritu, supo trocar en bienes, llegando a ser el más poderoso, quizás, de los monarcas del siglo XIII.

No cumplía aún seis años, cuando murió su padre, en 1213, con las armas en la mano, en la batalla de Muret, sosteniendo contra Simón de Monfort los derechos de Raymundo IV, entonces conde de Tolosa. La corona sólo pudo serle conservada al desvalido niño, merced a la resuelta intervención del Papa.

Apenas salido de la niñez, Jaime I emprendió la tarea de engrandecer su reino harto mi-

núsculo y débil. Para lograrlo, luchó *¡treinta años!* Para ensancharlo hacia el Sur, lanzó a los musulmanes de los reinos de Valencia y de Mallorca. Para ensancharlo hacia el Norte, empujó sus fronteras hasta el territorio de Montpellier, que comprendía todo el Languedoc, y en su marcha hacia el Este sólo el mar le detuvo. Las dos vertientes de los Pirineos orientales, guardaron en sus anfractuosidades el eco de su nombre, áspero y guerrero, acorazado de una Jota inicial, como para la conquista. El fundó la nacionalidad aragonesa por excelencia, con meollo catalán, y realizó el milagro, en pleno feudalismo, turbulento e inquieto, de un Estado homogéneo, extenso, poderoso, con una sola religión, la católica, un solo grupo de leyes y ordenanzas, reguladoras de los actos privados y públicos, y un idioma culto y bello, en el cual cantaron, durante las gayas justas, grandes poetas.

Las principales ciudades, gracias a franquicias comunales bien entendidas, llegaron a un auge sin precedentes, al cual deben aún mucho de su vida y de su importancia actual, y el grande hombre, concluída su obra, se alejó

hacia la inmortalidad, como un bello San Jorge, jinete en poderoso corcel blanco!

¡He aquí la misteriosa injusticia del destino! ¿En qué recodo del cráneo, en qué circunvolución del cerebro, está escondida esa célula de la energía, que es la verdadera flor de la vida, la verdadera alma del mundo?

Millones de seres, nacen, viven y mueren sin que fructifique en ellos el don sorprendente de la voluntad... hasta que abre los ojos a la luz el predestinado... ¿Qué signo le denuncia? Ninguno. El futuro triunfador gime y se debate como todos entre los pañales, débil y mísero. Un soplo lo mataría... pero ese soplo le respeta, porque él sí ha visto la señal invisible. Los infortunios suelen acosarlo, como para mostrarnos la consistencia de su alma y de su cuerpo. La vida, el mundo, antes de entregársele vencidos, lo arañan, lo abofetean, lo muerden.

Crece atormentado y pensativo, y un día llega la revelación. Sus padres, como los de Hércules, encuéntranlo estrangulando serpientes, sobre un escudo...

De allí en adelante, todo se le someterá: Una voz le ha cuchicheado al oído: «Tú vencerás». En cuanto ponga los ojos sobre algo, así sea un imperio, el imperio adquirirá una voz para decirle: «Soy tuyo».

Se llamará Sesostris, Alejandro, César, Jaime, Napoleón, ¡el nombre no importa! Es el *Elegido*. Hay un pacto secreto entre él y los dioses. A su paso se estremecerá la tierra, como una mujer medrosa y enamorada.

Y entretanto, mientras él funda o destruye Estados, arreglando a su arbitrio el mapa; mientras opaca o abrillanta a su antojo el destino de los pueblos; mientras marcha coronado de encina y precedido de vocinglera trompetería de plata, infinitos seres buenos, nobles, virtuosos, sabios, agonizarán en la impotencia, en la mediocridad, en la sombra, en el desconsuelo, clavados con los más agudos clavos a las más duras cruces; sólo porque no les fué dada en toda su plenitud la partícula, el germen, la célula enigmática, que se convierte un día en eso, todopoderoso, milagroso, absorbente inflexible, casi divino, que se llama: *¡la voluntad!*

LAS CATASTROFES

Las catástrofes suceden a las catástrofes en España.

Después de las inundaciones de Málaga, las de Cataluña, luego las de Huesca, de nuevo las de Cataluña.

La onda cenagosa se hincha, corre, salta arrollándolo todo y en vez del oro de las mieses, del hormigueo febril de las fábricas, del trabajo unánime que alegra, va dejando montones de lodo, entre los cuales asoman las carnes violáceas de los cadáveres.

Las crecientes han sido tan impetuosas y tan terribles, que muchos años, quizá, serán precisos para reparar la labor que la fatalidad ha realizado en unas horas.

Mas hay que convenir en que muchas de las víctimas del temporal, lo son, a medias, de su temeridad tranquila.

Eran numerosos en efecto los que habían edificado su fortuna a la orilla de las corrientes y allí, pegados al monstruo harmonioso, cristalino, murmurante, moraban risueños, colmando la hucha de ahorros para el futuro.

En vano se encapotaba el cielo y, a veces, se enturbiaba la linfa que lamía los muros de sus casas... Ellos seguían sonriendo, incapaces de imaginar que el caudal apacible un día descendiese, espumarajeando de rabia y arrasándolo todo.

¡Como podía ser así, puesto que ahora al rayo amigo del sol él se deslizaba espejeando, y rodeada del hervor de oro de la mañana la casita se copiaba plácidamente en sus ondas!

Cómo pensar que aquella irisada corriente que caía como un chorro de piedras preciosas desde la roca, moviendo el molino, ahora molía el trigo, para luego anegarlo en cieno; ahora daba el pan para quitarlo después de las bocas ávidas.

Y la casa y la huerta y la fábrica y el taller

y la escuela y la iglesia, continuaban irguiéndose muy cerca de la mansedumbre del agua y cada uno como que buscaba la proximidad mayor a esa hada diáfana y falaz.

Sin embargo, los abuelos solían contar de terribles inundaciones.

Se les oía al caer de la tarde, al amparo del muro familiar, como quien oye un cuento interesante y ni una sombra opacaba los rostros de las mozas y de los mancebos que, escuchando, se sonreían de amor.

Y es que el hombre no cree en la catástrofe. Hay en él como una instintiva necesidad de vivir seguro. El cataclismo es para él la excepción; una gran fe en la estabilidad del mundo llena su alma. ¿No prometió Dios, acaso, después del diluvio universal, que ya no lo destruiría?

Ved a los que habitan en las faldas de los volcanes. En balde una y cinco y seis veces bajarán las lavas inflamadas devorándolo todo; junto a las ruinas de ayer se edificarán los

muros de hoy... La tierra misma, como para ahogar recelos, después de aquella rabiosa invasión de fuego, se tornó más fértil, y así, la incauta tribu torna a acampar, cantando sobre el abismo...

San Francisco renacerá floreciente sobre las ruinas de San Francisco; floreciente se reerguirá Valparaíso sobre las ruinas de Valparaíso.

¡Cierto; para la humanidad, el cataclismo es la excepción!

Y, sin embargo, el cataclismo es la regla. El mundo no se hace, no se modela a sí mismo, no avanza sino a fuerza de cataclismos. Vive la tierra en un continuo temblor, en un incesante estremecimiento de catástrofes; casi no hay mes, qué digo, no hay semana en que las grandes fuerzas de la creación no den, como si dijéramos, un martillazo sobre el lomo del planeta, prosiguiendo su milenaria labor misteriosa.

A veces las enormes conflagraciones parece

que se retardan, pero es sólo con relación a nuestra misérrima existencia de relámpago. Y así, fiados en estos intervalos engañosos, exclamamos: «¡la tierra es inmutable y segura!» No de otra suerte que una rosa decía en el jardín a otra más pequeña: «¡Los jardineros no mueren nunca! De memoria de rosa, jamás se ha visto morir a un jardinero».

Sin embargo, si no todos los años, ni aun todos los siglos, hay diluvios universales, sí hay Kukratoas, Vesubios y Etnas en acción devastadora; sí, hay grandes terremotos, grandes inundaciones, dentro del breve período que abarca una vida humana.

Pero celeste venda cubre nuestros ojos, y al borde del abismo seguimos riendo y soñando, porque no es bueno que el desaliento y la tristeza entorpezcan la marcha enigmática de la especie sobre la tierra...

LA ABOLICION DE LA PENA DE MUERTE EN ESPAÑA

¿Se abolirá la pena de muerte en España?

La impresión general es que sí.

Aquí puede mucho el ejemplo de Francia, y si este ejemplo ha sido bastante poderoso para llevar a las Cámaras la ley de Asociaciones, es de creerse que lo será para cosa de menos monta, como en último resultado viene a ser la supresión de la pena de muerte.

En Francia se necesitaron muchos años y se gastó mucha tinta para llegar al resultado que hoy celebran con regocijo los abolicionistas. Y la verdad es que a un poeta, al más grande de los poetas franceses, se debe en inmensa parte este resultado.

En efecto, mientras que el irónico Alfonso Karr exclamaba: «¿Suprimir la pena de muerte? En buena hora... ¡pero que los señores asesinos comiencen!» Víctor Hugo desataba toda la tempestad de sus apóstrofes contra ese supuesto derecho que se apropia la sociedad, de quitar a un hombre la vida que no le ha dado.

En el primer tercio del siglo XIX, Víctor Hugo publicó su célebre novela, *El último día de un condenado*, que ha hecho más, muchísimo más por la abolición de la pena de muerte que todos los discursos humanitarios.

Yo recuerdo aún con miedo, terror y espanto la impresión que me produjo ese libro. Mis dieciséis años se estremecieron de piedad.

No contento con defensa tan brillante, en 1848, en una especie de manifiesto que circuló profusamente en París, el poeta, unido a otro soñador generoso, a Lamartine, pedía sonora, elocuente, pomposa, enérgicamente la abolición de la pena de muerte.

Los argumentos de los dos inmortales eran admirables, sólo que Víctor Hugo escogió la prosa y Lamartine, «que no era más que una lira», según la exclamación de un ciudadano en

una de las revueltas parisienses, prefirió el verso que constituía su instrumento por excelencia.

•

«¿Qué tenéis que alegar en favor de la pena de muerte?—exclamaba Víctor Hugo en su manifiesto—. ¿Que sirve de ejemplar? ¿Que es preciso asustar con la suerte reservada a los criminales, a aquellos que se sientan inclinados a imitarlos? He aquí casi textualmente la eterna frase que con variaciones más o menos sonoras, figura en todas las requisitorias de los quinientos tribunales de Francia. Pues bien; nosotros negamos, en primer lugar, que haya ejemplar alguno, nosotros negamos que el espectáculo del suplicio produzca el efecto que de él se espera. Lejos de edificar al pueblo lo desmoraliza y arruina en él toda sensibilidad y por ende toda virtud.

Sí, no obstante la experiencia, vosotros os apegáis a vuestra rutinaria teoría del ejemplo; entonces volvednos al siglo XVI, sed verdaderamente formidables, volvednos la varie-

dad de los suplicios, volvednos a Farinacci, volvednos a los atormentadores jurados, volvednos la horca, la rueda, la hoguera, la cuerda, el desorejamiento, el descuartizamiento, el emparedamiento, la cuba para hervir a los reos; volvednos, en todas las encrucijadas de París, como una tienda más abierta entre las otras, el horrible muestrario del Verdugo, surtido sin cesar de carne fresca!»

. . . . . .

«En buena hora, esto sí es ejemplar en grande. Esta sí es pena de muerte bien comprendida. Este sí es un sistema de suplicios proporcionados! ¡Esto sí es horrible, pero también terrible!»

«Más... ¿creéis vosotros de veras hacer un ejemplar, cuando miserablemente degolláis a un pobre hombre en el recodo más desierto de los bulevares exteriores?»

«En Greve, en pleno día pase, pero en la barrière Saint-Jacques, a las ocho de la mañana, ¿quién pasa por allí? ¿Quién va allí? ¿Quién sabe que matan allí a un hombre? Un ejemplar, ¿para quién, para los árboles del bulevar, quizá?»

«¿No véis que vuestras ejecuciones se hacen a la sordina? ¿No advertís que os escondéis, que tenéis miedo y vergüenza de vuestra obra, que balbuceáis ridículamente vuestro *discite jusutiam moniti?* ¿Que en el fondo estáis desconcertados, desorientados, inquietos, poco seguros de tener razón, influídos por la duda general, cortando cabezas por rutina y sin saber bien lo que hacéis? ¿No sentís en el fondo del corazón que habéis perdido, cuando menos, el sentimiento moral y social de la misión de sangre que vuestros predecesores, los viejos parlamentarios, cumplían con una con ciencia tan tranquila? ¿Por la noche no dais por ventura más vueltas que ellos en vuestra cama? Otros antes que vosotros han ordenado ejecuciones capitales, pero se estimaban en el derecho, en lo justo, en el bien. Juvenel des Ursins, se creía un juez. Elie de Thorette se creía un juez; hasta los mismos Laubardemont, La Reynie y Laffemas, se creían jueces; vosotros, en vuestro fuero interno, no estáis muy seguros de no ser asesinos!»

Seguramente que en cualquier Cámara del mundo en que se discutiese la abolición de la pena de muerte, esta requisitoria de Víctor Hugo, de la cual no os he traducido más que una parte, y acaso la lectura de ciertos capítulos del *Ultimo día de un condenado*, serían del más sorprendente efecto.

En Madrid, el otro día, al depositar en la Cámara el diputado republicano Morote, su proposición de ley aboliendo la pena de muerte, citaba un argumento que no invocó Víctor Hugo en su manifiesto, pero que para ciertas conciencias es capital, a saber: «la *idea cristiana* del pecado y de la expiación extraterrestre, que hizo decir a uno de los más ilustres criminalistas que, como creyente, era enemigo de la pena de muerte».

Pero el mejor argumento, y éste sí ultramoderno, en favor de la abolición, el que sin duda ha de haber influído más en los legisladores franceses e influirá mucho también en los legisladores españoles, es el de que las estadísticas de los países todos en que la pena capital ha sido abolida, *no acusan aumento alguno de criminalidad*.

Así, pues, para aquellos que siguiendo la moda del día creen sentimentalismo cursi toda tendencia humanitaria, todo sentimiento noble, valgan los números que prueban la absoluta inutilidad de la pena de muerte, ya que jamás una ejecución ha influído en el alma de un asesino, ya que jamás un patíbulo de menos ha aumentado en uno solo el número de los crímenes.

Por otra parte, ¿hay algo más terrible en el mundo que los sistemas penitenciarios modernos? ¿Hay algo más espantoso, por ejemplo, que la soledad? Los antiguos que decían «bien aventurados los muertos», decían también: *Vae sole.* ¡Ay de los solos!, sí, ¡ay de los solos!

TRES POESÍAS

UNIV. OF CALIF.

A ITURBIDE

En el 70.º aniversario de la entrada triunfal del Ejército Trigarente en la capital.

I

Catorce lustros ha que tus fulgores
—Bello sol de Septiembre—juguetearon
Sobre el regio pendón de tres colores,
En que hombres de otro tiempo vincularon
Su fe, su independencia y sus amores...

¡Qué tiempo aquel! ¿Recuerdas, patria mía,
Recuerdas, dime, el venturoso día

En que el sol se detuvo en su carrera,
Contemplando del mundo en la existencia
La Religión, la Unión, la Independencia,
Unidos entre sí por vez primera?...

¡México era feliz! La lucha ardiente
Con que el mundo decide
Sus diversos derechos, terminaba.
Y ceñido el laurel sobre la frente
Serena y esplendente, se mostraba
La colosal figura de Iturbide.

¡México era feliz! Los ciudadanos
Contemplábanse hermanos
Ante el triunfo común, y por doquiera
Meciéndose al halago de los vientos
Ondulaba en los altos monumentos
Nuestra gloriosa tricolor bandera.

... ¿Qué se hizo aquella gloria?
¿Qué fué del triunfo aquel? ¡Ah!, nuestra historia
La conserva en sus páginas escrito,
Mas el héroe, ¿dó está, dó está el guerrero?
Su cuerpo es polvo ya... vano y ligero...
Su alma vive con Dios en lo infinito.

II

Es un altar el alma
Donde el mortal coloca
Como en cerrado vaso
Sus recuerdos, su amor y sus congojas.

En ese altar bendito
Que el tiempo no destroza,
Guardamos con cariño,
Guerrero infortunado tu memoria.

Ni mármoles ni bronces,
Que el tiempo desmorona,
Recuerdan a tus hijos
Tu ardiente patriotismo y tus victorias.

¡Es cierto! ¿Mas, qué valen
Las funerales pompas
Si tienes en el alma de tus fieles
Templo inmortal, alcázar y corona?

III

¡Héroe! tu monumento es la bandera
Que ondula y reverbera
Con los besos del sol y de la brisa:
Sus hermosos colores son sus galas,
Y el águila que entre ellos se divisa,
¿No es verdad que a la gloria simboliza
Protegiendo a la patria con sus alas?

. . . . . .

Tu himno es el himno unánime y sentido
Del mundo americano
Que recuerda tu nombre conmovido.
Cada nota de ese himno es el latido
De un pecho mexicano.

¿Quién eclipsar pudiera tu memoria
Sin romper los anales de la Historia?
En vano lo intentó con fiero ejemplo
La Ingratitud impía,
Porque tienes un túmulo y un templo
Por cada miembro de la patria mía!

Zamora, Septiembre de 1891.

A ITURBIDE

LIBERTADOR DE MEXICO

Capitán inmortal, tu eco de guerra
¡En nuestros patrios montes aún retumba!
Para borrar tu huella de la tierra,
No basta, no, la losa de una tumba.

La muerte. ¿Qué es la muerte ante la gloria
Que envuelve tu recuerdo en sus fulgores?
¿Quién borrará tu nombre de la historia
Sin borrar de tu enseña los colores?

Para narrar tus hechos inmortales
Vencedor invencible, bravo, y fiero,

No bastan de la historia los anales,
¡Se necesita el canto de un Homero!

Tienes tu culto en el recuerdo santo
Del noble mexicano que te admira,
Y yo traigo el eco de mi canto,
El rudo son de mi entusiasta lira.

Perdona la humildad de mi tributo,
Aroma da la flor, perlas los mares,
Luces la aurora, la pradera fruto,
Yo te doy lo que tengo, mis cantares.

Escucha: cuando niño me adormía,
Confiado siempre al maternal cariño,
Ya te admiraba yo, porque sabía
Que eras un héroe de la patria mía,
Y yo he amado a los héroes desde niño.

Después, cuando en la historia, en esa suma,
de los hechos heroicos de los grandes,
Tu vida escrita vi con áurea pluma,
¡Guerrero del país de Moctezuma,
Me pareciste inmenso cual los Andes!

Yo he seguido tu huella, en tu pasado
Te he visto ¡oh rey! de la victoria en alas
Con tu espada brillante de soldado,
Y escuchando entusiasta el himno airado
Que forman los silbidos de las balas.

Y te he visto también cual noble y bueno
Recibir en tu pecho dó latía
Un corazón de patriotismo lleno,
El fuego del fusil y caer sereno,
Bendiciendo al morir la patria mía.

Guerrero del Anáhuac, cuya frente
El laurel de los Césares rodea,
Monarca infortunado, mas valiente,
Que marchaste impetuoso cual torrente,
Derramando el horror en la pelea.

Descansa en paz, en el mortuorio lecho,
Que circunda el laurel de la victoria,
Reposa ya tranquilo y satisfecho.
Tu recuerdo: lo guarda nuestro pecho;
Y el eco de tu fama: nuestra historia.

Descansa en la región del infinito
Donde tu alma con Dios feliz reside,
Que tu nombre doquiera quede escrito,
Que el himno de tu gloria sea este grito:
¡VIVA LA LIBERTAD! ¡VIVA ITURBIDE!

I

A los jóvenes concluyentes de Filosofía del Seminario de Zamora (1).

Juventud que con férvido contento
Venís bajo estos muros tutelares
A celebrar los triunfos del talento,
Escuchad mis cantares.
Son ecos de cariño que hoy ufana
Viene a vibrar el arpa en vuestro oído.
¿Recordaréis mis cánticos mañana?
¡No los déis al olvido!...
Pasaron, ¡ay!, los años infantiles
En que vuestra alma en el edén vivía...

(1) Autógrafo del poeta, dedicado así: «Un pequeño obsequio, en testimonio de mi sincero cariño, a mi inolvidable amigo Perfecto Méndez. Diciembre 9 de 91. Amado Nervo».

Siguió la adolescencia y sus abriles
Ornados de poesía.
¡El trabajo empezó!, ¡ley poderosa
Que rige de los hombres la existencia,
Y elegísteis con alma generosa
La senda noble, sí, pero penosa
Que conduce a la Ciencia!...
Llegó la juventud, ¡hermosa era
De vigor y de bellas ilusiones!
Con ella de científica carrera
Seguísteis las lecciones.
Y en este día de bellos esplendores,
Cuyo recuerdo os seguirá doquiera,
Venís a colocar llenos de amores
A los pies de esa Virgen hechicera
La más lozana flor de vuestras flores;
El fruto del saber y la fatiga
Para que ella lo acepte y lo bendiga.
¡Bien, juventud hermana!, mas si ahora
Circundáis ese altar dó resplandece
La dulce faz de la gentil Señora
Más que la luz que ante ella languidece.
Mañana como pájaros viajeros
Cuyo vigor anima
El sol con sus hermosos reverberos,

Iréis veloces hacia el patrio clima
Felices, entusiastas y ligeros:
Por lo tanto, escuchad mi voz amiga,
Guardando en la memoria lo que os diga.

II

Corred con serenidad
Del noble saber en pos,
Juventud, mas recordad
Que la Ciencia es vanidad
Cuando se aleja de Dios.
Buscad a Dios por doquiera,
¡No hay dicha sin religión!;
Ella alienta en la carrera
De la vida, y refrigera
Las fuerzas del corazón.
Ella, sonriente, mitiga
Nuestro triste desconsuelo
Cuando el dolor nos castiga,
Mostrando con mano amiga
La dulce patria del cielo.

Ella es la luz que ilumina
La senda por donde va
La humanidad peregrina,
Ella, con mano divina,
Nuestros ojos cerrará.
Ella infunde la quietud,
Ella los pesares calma,
¡No lo olvidéis, juventud;
Sin religión, sin virtud,
No puede vivir el alma!

III

Amadla, pues, cual la gentil pradera
Los influjos del sol fecundadores;
Cual las aves la vasta sementera,
Como el marino que sin paz batalla,
Los pálidos fulgores
De la estrella polar que en su carrera
Le dirige con bien hacia la playa.
Buscadla como el árabe perdido
Busca la sombra de la verde palma.

Como el ave viajera busca el nido,
Como al Dios infinito busca el alma.
Si vais constantes tras la roja huella
Que del Verbo Divino
Marcó la sangre, llegaréis por ella
Hasta encontrar vuestro final destino.
  Rotos entonces los mortales lazos
Y, contemplando la Infinita Esencia,
Encontraréis por fin toda la Ciencia
Descansando de Dios entre los brazos.

EPILOGO

AMADO NERVO

LA EVOLUCIÓN DE SUS IDEAS Y SU RETORNO A LA FE

Es evidente que para todos los elementos intelectuales ofrece vivo interés la evolución de las ideas de Amado Nervo y su retorno a la fe.

Es un largo y doloroso proceso de luchas, impulsos, desviaciones, anhelos y rectificaciones, dudas sombrías y visiones luminosas, hasta terminar en el regreso del inquieto corazón hacia su Creador, y el sueño final en su regazo, al recibir el beso de la muerte.

Vamos, pues, a ocuparnos, aunque sea brevemente, en el estudio de este aspecto tan

dramático e interesante de la vida intelectual del ilustre poeta.

No será nuestro humilde trabajo un panegírico, ni una biografía, ni un juicio crítico de sus obras; sino que, con algo de todo ello, intentaremos bosquejar la historia de su alma, siguiendo el paso de aquel espíritu selecto, a través de sus vicisitudes en la vida terrena.

Queremos revivir su infancia pura y diáfana, cual un hilo de agua cristalina, cuando aquella alma predilecta se abría a los rayos de la fe, cual una flor se abre a los rayos vivificantes del sol.

Queremos seguirle por las tormentas de su juventud, cuando las nubes negras de la duda se interpusieron entre el sol esplendoroso de la fe y aquella alma delicada y excelsa, que cual un girasol, languidecía de tristeza, desolada y mustia, privada del calor y de la luz del Astro Rey. Escucharemos sus quejas, que expresaban los anhelos de su alma, que buscaba con ardor y con dolor al Hacedor Supremo. Y finalmente, percibiremos los latidos de su corazón angustiado cuyo instinto lo conduce de nuevo a Dios, realizándose de modo admirable

en la historia de Amado Nervo, aquel gran pensamiento de Pascal: «Los que buscan a Dios de corazón; los que sufren por estar privados de su vista; los que se afligen de verse rodeados de enemigos, que se consuelen: yo les anuncio la Buena Nueva: habrá un Libertador para ellos. ¡Ellos verán a Dios!»

I

En Tepic, la hermosa capital del Nayarit, vió la luz primera Amado Nervo, en el seno de honorable familia, bien distinguida por sus riquezas morales y materiales.

Muy niño aún, perdió a su padre; y su enérgica madre, virtuosa y esforzada, lejos de entregar a su primogénito a la enseñanza comercial de sus dependientes y administradores, resolvió mandarlo a un gran plantel de educación, aunque para ello tuviese que separarlo de su lado.

Por toda la República se había extendido la fama del Colegio que en el pintoresco pueble-

cillo de Jacona, a inmediaciones de la ciudad de Zamora, en el Estado de Michoacán, tenía establecido por aquel entonces el P. don José Antonio Plancarte y Labastida, quien fué más tarde insigne Abad de la Basílica de Guadalupe; y a dicho plantel ingresó Nervo cuando sólo contaba trece años.

Su llegada al Colegio de Jacona, los días dulces y tranquilos que allí vivió, sus recuerdos escolares, sus paseos por el hermoso valle de Zamora o por las pintorescas montañas que lo circundan, sus impresiones de admiración y de contento al sentirse en contacto con la belleza incomparable de aquella naturaleza exuberante y sus sentimientos de gratitud para sus maestros, todo nos lo pinta el mismo Nervo en un precioso artículo, del que insertaremos algunos párrafos de ternura exquisita.

El artículo se titula «El Padre Mora», y da principio de esta suerte:

«Hace ya muchos años, en la sombría calleja de cierto hermoso pueblecillo de Michoacán, al pie de alto edificio pintado de rojo y precedido de gran jardín, frente a una puerta ojival, se detenían y apeábanse de sendas cabalgadu-

ras, un hombre cincuentón, robusto, bello y con gran barba fluvial que le caía sobre el pecho, y un niño de trece años, que debía mostrar en el rostro ligeramente pálido, la fatiga de jornadas de dieciocho leguas, hechas a caballo, por las interminables y polvosas carreteras, llenas de huellas.

»Para llegar a aquella casa que empezaba a emborrarse en sombras clareadas a trechos por la viva luz de las ventanas; a aquella casa que era un colegio fundado por célebre sacerdote mexicano, el viejo y el joven habían hecho cinco días de camino: tres días en diligencia y dos a caballo, desde la febril costa abanicada por palmas y datileros de oro, hasta el interior de la República, recogido y un poco melancólico.

»Sonó el viejo aldabón, y el niño sintió que en su alma repercutían las vibraciones metálicas del aldabonazo.

»Abrióse en el muro amplia oquedad de luz, y una figura indistinta, después de cambiar con el que llamaba breves palabras, guió a los viajeros hacia gran sala, de donde se escapaban risas y ecos de conversaciones.

»Antes de llegar, un sacerdote había salido a su encuentro. Era joven, de aspecto distinguido y ademán enérgico y noble, con no sé qué decisión rápida en sus gestos; de ojos obscuros llenos de luz y de bondad.

»El viejo saludó y presentó al niño, a quien el sacerdote echó, con movimiento franco y cordial, un brazo alrededor del cuello.»

«Luego, con ese don de gentes propio de los verdaderos educadores, desvaneció la zahareña timidez del recién venido, dirigiéndole afectuosas bromas paternales.»

Después de otros recuerdos, nos revela el autor que aquel joven sacerdote, rector en aquel entonces del Colegio de Jacona, no era otro que el actual arzobispo de México, ilustrísimo y reverendísimo señor doctor don José Mora y del Río; el viejo de la barba fluvial era el tío del adolescente y éste era el mismo Amado Nervo.

Luego explica tales reminiscencias por haber visto en alguna revista un retrato de su antiguo rector, con la noticia de haber sido preconizado arzobispo de México (esto lo escribía en 1909), y dice que a la vista del retrato, saltó

súbitamente su corazón en el pecho, prosiguiendo de esta suerte:

«Sí, me saltó el corazón y púseme a pensar en muchas cosas: en las clases de Aritmética y Algebra, durante las cuales el sabio rector, que era una verdadera potencia en Matemáticas, solía distraerse con una ecuación de segundo grado, hasta olvidarse de nosotros, que diableábamos a quien mejor; en aquellas cacerías entusiastas, en que en su pos íbamos locos de gusto, por los sorprendentes paisajes michoacanos, los más bellos que he visto en mi vida, persiguiendo huilotas y patos golondrinos; (¡ah, desde entonces, de seguro que ni el señor rector ni yo hemos vuelto a herir una ala!); en aquellas pláticas, bajo el gimnasio inmenso, en los patios llenos de luz y de flores, durante los recreos: pláticas en las cuales el Padre Mora y el Padre Plancarte, nos hablaban de las maravillas de Roma, o bien nos enseñaban a deletrear en el cielo encendido de estrellas el alfabeto de oro de las constelaciones; en aquellos paseos por montes y valles encantados, en los que tropezábamos con pájaros nunca vistos; en los reñidos juegos de pelota; en las comedias

clásicas representadas con deleite, cuando los premios; en las Comuniones generales, al rayar el día con música de pájaros y olor de rosas frescas; en los audaces nados en Orandino, en Camécuaro y en las albercas incomparables de Jacona.»

Y después de otras reminiscencias que omitiremos en gracia de la brevedad, termina el poeta hablándole a su antiguo rector en los siguientes términos, emocionantes y patéticos:

«... en cuanto a mí, sigo siendo aquel muchacho simple, tristón, distraído y afectuoso, que con vos aprendía tantas cosas, que con vos cazaba huilotas o resolvía ecuaciones, trepaba a los montes, salvaba a nado las lagunas, desenterraba ídolos en las yácatas y os pedía la solución de todos sus problemas y de todas sus dudas...

«El muchacho simple y tristón, a quien el oro infantil de sus cabellos comienza a volverse plata; pero que aún guarda en el alma oro mejor, para quienes le hicieron bien, y os lo ofrece; el oro de su viejo, de su filial cariño...»

¡Cómo se descubren desde luego en esta na-

rración los nobles sentimientos de un corazón generoso y agradecido!

En aquel Colegio de Jacona pasó el poeta los primeros años de su adolescencia, estudiando la lengua de Cervantes, traduciendo a Horacio y a Virgilio, a la vez que aprendiendo los idiomas de Shakespeare y de Corneille.

Al concluir cada año escolar, se hacía con extraordinario lucimiento la distribución de premios. Las familias de Zamora concurrían a dichos festivales, en que había representaciones dramáticas por los alumnos, se hacía música selecta y se recitaban poesías como pruebas prácticas en el arte de la declamación. Amado Nervo era, año con año, el alumno que recibía mayor número de premios, a la vez que mayores aplausos por sus recitaciones y puede afirmarse que allí adquirió aquella manera tan sugestiva de declamar sus poesías.

Concluídos los estudios de Humanidades, pasó Amado Nervo a la ciudad de Zamora, a cursar Filosofía en el Seminario; y después de tres años, tuvo que abandonar las aulas, para ir a Tepic, su tierra natal, a causa de graves trastornos en los intereses de su familia.

El naufragio de los negocios era completo y muy poco logró salvarse; por lo que considerando el poeta que su madre y sus pequeños hermanos necesitarían de su ayuda, resolvió abandonar definitivamente los estudios, y se marchó a Mazatlán, donde, a la vez que trabajaba en un bufete, ingresó al periodismo, escribiendo durante dos años en el *Correo de la Tarde.*

Tan raquítica existencia no podía llenar las nobles aspiraciones de aquella alma superior, cual una jaula no puede satisfacer al ruiseñor que desea tender el vuelo por el ancho firmamento.

II

Amado Nervo vino a México por el año de 1894, y después de peregrinar por las redacciones, consiguió ingresar a las de algunos periódicos, donde, desgraciadamente, trabó amistad con escritores positivistas, que comenzaron a minar sus creencias religiosas.

Bien pronto comenzó a darse a conocer por sus hermosos cuentos, entre los cuales hay algunos muy sentimentales y llenos de vida, como *Lía y Raquel* y *Los dos claveles*.

Impulsado por el éxito de esas cortas narraciones, emprendió en otras de mayores proporciones, como fueron *El Bachiller* y *Pascual Aguilera*, en las cuales hay ciertamente hermosas descripciones campestres, cuyos colores fueron tomados sin duda de la admirable paleta de los países michoacanos; pero, sin embargo, no son recomendables tales novelas por lo escabroso de sus argumentos.

En la versificación, también sufrió el poeta la funesta influencia del «decadentismo», que tantos daños causó en la juventud literaria de aquella época, ofuscando el buen gusto, poniendo de moda las expresiones atrevidas, los giros novedosos y las metáforas extravagantes, con tal de ostentar originalidad, nada envidiable por cierto para los verdaderos cultivadores del arte.

Tal influencia perniciosa está manifiesta en los *Poemas* que escribió Nervo, de 1894 a 1901, especialmente en los llamados *Instru-*

mentaciones y *Lubricidades tristes*, que no son recomendables, ni bajo el punto de vista del arte, ni de la moral.

Pero Nervo era una ave que no necesitaba de alas postizas para subir a lo más alto de los cielos, y prueba de ello fué *La Hermana Agua*, poema escrito en 1901, despojado ya de aquellos falsos oropeles, y que es cual una estatua griega, luminosa y pura, como todas las obras inmortales. ¡Qué limpidez en la forma! ¡Qué nobleza en la expresión! ¡Qué armonía en la rima! ¡Qué novedad en las imágenes! ¡Qué admirable proporción en el conjunto! No vacilamos en calificarla como una obra maestra, que no se habrían desdeñado de prohijarla nuestros grandes poetas: Manuel José Othón, Gutiérrez Nájera o el ilustrísimo señor don Joaquín Arcadio Pegaza.

Tan hermoso poema fué escrito en París, a donde el poeta había ido como cronista de *El Mundo Ilustrado*.

La narración poética de su largo viaje por Europa formó su libro *El Exodo y las flores del camino,* que Rubén Darío consideraba como una de las mejores obras de Nervo y en

la cual, ciertamente, hay algunos capítulos deliciosos.

Por desgracia, aquel viaje a Europa contribuyó también a la desorientación de sus ideas religiosas, tanto por la amistad que trabó en París con toda la bohemia sentimental, como por su afición a la filosofía de Nietzsche y de otros semejantes, de moda en aquella época en la ciudad llamada el cerebro del mundo.

Tal desorientación se refleja visiblemente en su obra *Místicas* publicada en 1904, que ha sido, por desgracia, una de las más conocidas, y con justicia de las más discutidas, de Amado Nervo.

Juzgo realmente que la mayor parte de tales poesías no merecen el nombre de «Místicas», pues no lo son en el sentido cristiano del concepto: en algunas, el misticismo es tan sólo convencional, para dar a la poesía un tinte romántico, como sucede en la titulada *A Rance, reformador de la Trapa*, y en otras, en las cuales si hay sinceridad, más bien nos habla el poeta de las torturas de su alma, que ha perdido la fe y se encuentra envuelta en las tinieblas de la duda.

Ved, como ejemplo, estos versos, en los cuales se perciben los gemidos de una alma y se sienten los latidos de un corazón adolorido:

INCOHERENCIAS

Yo tuve un ideal, ¿en dónde se halla?
Albergué una virtud, ¿por qué se ha ido?
Fuí templario, ¿dó está mi recia malla?
¿En qué sangriento campo de batalla
Me dejaron así, triste y vencido?

¡Oh!, Progreso, ¿eres luz? ¿por qué no llena
Su fulgor mi conciencia? tengo miedo
A la duda terrible que envenena,
Y me miras rodar sobre la arena
¡Y cual hosca vestal bajas el dedo!

¡Oh! Siglo decadente que te jactas
De poseer la verdad, tú que haces gala
De que con Dios y con la muerte pactas,

¡Devuélveme mi fe!... Yo soy un Chactas
Que acaricia el cadáver de su Atala!...

Amaba y me decías: «analiza»,
Y murió mi pasión; luchaba fiero
Con Jesús por coraza, y en la liza
Desmembró mi coraza, triza a triza,
El filo penetrante de tu acero.

¡Tengo sed de saber y no me enseñas!
¡Tengo sed de avanzar y no me ayudas!
¡Tengo sed de crecer y me despeñas
En el mar de teorías en que sueñas
Hallar las soluciones de tus dudas!

Y caigo ¡bien lo ves! y ya no puedo
Batallar sin amor, sin fe serena
Que ilumine mi ruta, y tengo miedo...
¡Acógeme, por Dios! Levanta el dedo,
Vestal, ¡que no me maten en la arena!

¡Qué poesía tan patética! ¡Cómo nos revela el estado doloroso de una alma noble y delica-

da, que ha perdido su fe y que lejos de sentirse feliz, se siente profundamente desgraciada!

De allí, podremos deducir que la fe en Dios y el amor a Dios, son cosas propias del corazón del hombre, en su estado perfecto; por lo cual, si pierde tales bienes, se siente intranquilo, infeliz y desgraciado... (¿Quién lamenta que le extirpen un cáncer o que le extraigan un tumor...? ¿Y quién no lamenta que le extraigan un ojo? Pues de igual manera, si la fe sólo fuera aberración, el hombre superior se sentiría dichoso al extirparla; pero lejos de eso, estamos viendo, cómo sufre al perderla, cual si hubiera perdido la propia luz de sus ojos.)

En sentido contrario: aquellas mismas angustias, aquella intranquilidad, aquel dolor, indican la nobleza y la superioridad del alma del poeta que venimos estudiando; porque un espíritu vulgar lejos de lamentarse, se jactaría con orgullo de haberse emancipado de rancias preocupaciones.

III

En 1909 publicó Nervo su libro *En voz baja*, que mereció elogios entusiastas de los críticos españoles. En las poesías de este libro, han desaparecido los falsos oropeles del decadentismo y se observa una técnica sencilla, natural y correcta, a la vez que un lenguaje castizo y elegante. Es la suya una poesía aristocrática. Don Miguel de Unamuno, profundo observador y crítico, dice hablando de este libro: «Su poesía no puede ser popular, no puede obtener en un momento dado el sufragio de la mayoría; pero tendrá siempre lo más preciado y es la sucesión de fieles minorías, según aquella palabra de Gounod: «la posteridad es una superposición de minorías».

Y Eduardo de Ory, refiriéndose al mismo libro, dice: «Al vulgo no ha de llegar la poesía refinada de Nervo, que es para espíritus cultos, para almas soñadoras, para paladares delicados y exquisitos».

Siguiendo nuestro propósito de ir buscando

en cada nuevo libro del poeta la evolución de sus ideas religiosas, tomaremos de este volumen, por lo menos, una composición: «La sombra del ala», por la cual veremos que seguía buscando a Dios. Dice así:

LA SOMBRA DEL ALA

Tú que piensas que no creo
cuando argüimos los dos,
no imaginas mi deseo,
mi sed, mi hambre de Dios.

Ni has escuchado mi grito
desesperante, que puebla
la entraña de la tiniebla,
invocando al infinito.

Ni ves a mi pensamiento,
que empeñado en producir
ideal, suele sufrir
torturas de alumbramiento.

Si mi espíritu infecundo
tu fertilidad tuviese,
forjado ya un cielo hubiese
para completar su mundo.

Pero di, ¿qué esfuerzo cabe
en un alma sin bandera
que lleva por donde quiera
su torturador «¡quién sabe!»?

Que vive ayuna de fe
y, con tenaz heroísmo,
va pidiendo a cada abismo,
y a cada noche un ¿por qué?

De todas suertes me escuda
mi sed de investigación,
mi ansia de Dios, honda y muda,
y hay más amor en mi duda
que en tu tibia afirmación.

Decía Pascal, en alguno de sus profundos pensamientos, que no hay sino tres clases de

personas: los que sirven a Dios, habiéndole encontrado; los otros, que se emplean en buscarlo, sin haberle encontrado; y finalmente, los que viven sin buscarlo, ni haberle encontrado. Los primeros, son razonables y dichosos; los últimos, son necios e infelices; los de enmedio, son desgraciados, pero razonables. A esta clase pertenecía nuestro poeta, en aquel entonces, pues ya vemos que, si no tenía a Dios, por lo menos le buscaba con hambre y sed de encontrarle.

IV

En 1910, como un homenaje a nuestra Patria con motivo del Centenario de la Proclamación de la Independencia, Nervo dió a luz uno de sus mejores libros: *Juana de Asbaje,* o sea la vida de sor Juana Inés de la Cruz.

Es éste un libro bellísimo, en que se realzan las dotes admirables de sor Juana en la poesía, la filosofía, la música y la pintura. Tiene un capítulo muy ingenioso en que finge el autor

una conversación con sor Juana, sacando las respuestas de las obras mismas de la célebre poetisa.

Todo el libro es serio, reposado y erudito, y de mí, sé decir que dicha obra me hizo estimar mucho más que anteriormente a esa admirable mujer, que con justicia fué llamada «La Décima Musa».

Bastaría esta sola obra, para formar la reputación de su autor, como narrador y prosista; y es, por otra parte, un rasgo muy simpático, el de este moderno literato, todavía entonces semi-descreído, tributando su admiración y sus elogios a la humilde monja jerónima, a la que consideró como la figura más digna de ser realzada, para ofrecerla a la mujer mexicana; lo cual revela en el poeta un espíritu muy noble y lleno de bondad.

V

Dos años después, en 1912, apareció su libro *Serenidad*, en el cual observamos que el

poeta ha sufrido un gran dolor, según lo declara en estos versos:

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!
Tú me diste un amor, un solo amor,
¡Un gran amor!...
Me lo robó la muerte.
... y no me queda más que mi dolor,
Acéptalo, Señor:
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

En este libro no quiso el gran liróforo revelar la causa de aquel inmenso dolor; pero después de su muerte, en la edición de sus Obras Completas, hecha por la *Biblioteca Nueva* de Madrid, se publicó en 1920 *La Amada Inmóvil*, colección de rimas doloridas, formadas sollozo a sollozo, lágrima a lágrima, y que han sido la revelación de aquel dolor formidable del poeta, causado por la muerte de la mujer amada.

En las páginas íntimas que sirven de prefa-

cio a dicho libro, el autor consigna su desgracia, con estas frases que revelan un dolor incomparable: «Esta muerte ha sido la amputación »más dolorosa de mí mismo. Una hacha invisi»ble me ha dado un hachazo en mitad del cora»zón. Los dos pedazos de la entraña quedaron »allí trémulos, entre borbotones de sangre. »Luego uno de ellos fué arrebatado por el bra»zo omnipotente de la muerte, y el otro, el »otro, mísero, siguió latiendo, latiendo... La »tremenda rudeza del golpe no pudo apagar el »ritmo de la vida... Siguió latiendo, sí, la triste »entraña mutilada; siguió latiendo entre los »coágulos obscuros, y late todavía!»

Y en otra parte dice, con humildad conmovedora: «La mano de Dios se abatió sobre mí, y »en un instante el alma himalayesca, cobijada »por el azul, no fué más que un pobre guiñapo »sangriento, convulso y sollozante.»

Tales páginas fueron escritas en los últimos días de Enero y primeros de Febrero de 1912. Todo este año, fué para Nervo el año del dolor, del sufrimiento, del martirio; pero no de un dolor inútil; sino de un sufrimiento redentor, que poco a poco derramaba luz en su cerebro

para volver al conocimiento de Dios; lo declara él mismo en estos versos conmovedores, fechados en 26 de Diciembre de aquel año, y que titula

RESURRECCIÓN

Yo soy tan poca cosa, que ni un dolor merezco...
¡Mas tú, Padre, me hiciste merced de un gran dolor!
Ha un año que lo sufro, y un año ya que crezco
por él en estatura espiritual, Señor!

¡Oh Dios, no me lo quites! El es la sola puerta
de luz que yo vislumbro para llegar a Ti!
El es la sola vida que vive ya mi muerta:
mi llanto, diariamente, la resucita en mí!

¡Qué nobleza de sentimientos se descubre en tan hermosa composición! En primer lugar, el poeta considera el dolor como una merced del Padre Celestial; merced que juzga inmerecida, por su pequeñez moral; reconociendo luego, que debido al dolor, ha crecido en esta-

tura espiritual; y finalmente, y esto es sublime, pide a Dios que no le quite su gran dolor, por ser la sola puerta que vislumbra para llegar a El.

Volviendo al libro de *Serenidad*, vemos que el alma, en vías de purificación por el dolor, es igualmente sacudida por los remordimientos, pues dice en otra parte:

De todo mi pasado;
de todas mis tristezas, de todos mis contentos;
de lo mucho perdido,
de lo poco ganado,
de lo que he sonreído
y de lo que he llorado,
¿qué me queda? Una cosa no más: ¡remordimintos!

El dolor y el remordimiento eran, sin duda, dos buenos mensajeros de Dios.

El tercer mensajero fué la pobreza, que tocó a su puerta en las postrimerías de 1914, al quedar cesante como secretario de la Legación de México en Madrid.

Ese tercer mensajero fué recibido por el

poeta, con esta salutación, que se diría salida de los labios del de Asís:

¡Oh Santa pobreza,
dulce compañía,
timbre de nobleza,
cuna de hidalguía:
ven, entra en mi pieza,
tiempo ha no te vía!

¡Pero te aguardaba
y austero pasaba
la existencia mía!

¡Oh Santa pobreza,
crisol de amistades,
orto de verdades,
venero de alteza
y aguijón de vida,
ven, entra en mi pieza,
seas bienvenida!

Callado y sereno
me hallarás y lleno
del alto ideal

que en los rubios días
de mis lozanías,
y ahora en mi ocaso
avivan mi paso
por el erial.

¡Oh Santa pobreza,
dulce compañía,
ven, entra en mi pieza,
tiempo ha no te vía!

El poeta se dejaba conducir por tales mensajeros; pero todavía preguntaba a los viandantes del camino. A una hermana de la Caridad, le dice:

Enséñame, hermanita,
enséñame el camino,
para llegar a Dios...
¡Por la infinita
soledad, yo le busco de contino,
con un alma viril... pero marchita,
que su riego divino
sobre todas las cosas necesita!
Enséñame, hermanita,
enséñame el camino...

El poeta tenía que llegar al término de sú camino. Ya Pascal lo había dicho: «Los que busquen a Dios de todo corazón; los que sufran por estar privados de su vista; los que se aflijan de verse rodeados de enemigos; que se consuelen: yo les anuncio la Buena Nueva: ¡Habrá un Libertador para ellos! ¡Ellos verán a Dios!»

En efecto, los ojos del poeta se abrieron de nuevo a la luz de la fe; su pecho dió cabida a la esperanza; en su corazón ardió nuevamente la llama de la caridad. El mismo, en su libro *Elevación,* nos lo refiere en estos hermosísimos versos:

EL MILAGRO

¡Señor, yo te bendigo, porque tengo esperanza!
muy pronto mis tinieblas se enjoyarán de luz...
hay un presentimiento de sol en lontananza;
¡me punzan mucho menos los clavos de mi cruz!

Mi frente, ayer marchita y obscura, se levanta
hoy aguardando el místico beso del ideal;

ni corazón es nido celeste, donde canta
el ruiseñor de Alfeo su canción de cristal.

... Dudé, ¿por qué negarlo? y en las olas me hundía
como Pedro, a medida que más hondo dudé.
Pero tú me tendiste la diestra y sonreía
tu boca murmurando: «¡Hombre de poca fe!»

¡Qué mengua! desconfiaba de ti, como si fuese
algo imposible al alma que espera en el Señor;
como si quien demanda luz y amor, no pudiese
recibirlos del Padre: fuente de luz y amor...

Mas hoy, Señor, me humillo, y en sus crisoles fragua
una fe de diamante mi excelsa voluntad.
La arena me dió flores, la roca me dió agua,
me dió el simún frescura, y el tiempo eternidad.

Esta bellísima composición en que anuncia el poeta el milagro—como él mismo le llama—, verificado en el fondo de su alma, está fechada el 10 de Marzo de 1915; de manera que fué un proceso de veinte años el que se necesitó para que en su espíritu se encendiera de nuevo la luminosa antorcha de la fe.

Una vez encendida, el poeta la alimenta de continuo, como veremos por la siguiente composición, fechada el 8 de Junio del mismo año, y que, si es posible, supera a la anterior en inspiración y energía:

TU

Señor, Señor, Tú antes, Tú después, Tú en la inmensa
hondura del vacío y en la hondura interior:
Tú en la aurora que canta y en la noche que piensa;
Tú en la flor de los cardos y en los cardos sin flor.

Tú en el cenit a un tiempo y en el nadir; Tú en todas
las transfiguraciones y en todo el padecer;
Tú en la capilla fúnebre y en la noche de bodas;
Tú en el beso primero y en el beso postrer!

Tú en los ojos azules y en los ojos obscuros;
Tú en la frivolidad quinceañera, y también
en las graves ternezas de los años maduros;
Tú en la más negra sima, Tú en el más alto edén.

Si la ciencia engreída no te ve, yo te veo;
si sus labios te niegan, yo te proclamaré.
Por cada hombre que duda, mi alma grita: «yo creo»
¡Y con cada fe muerta, se agiganta mi fe!

En otra poesía del mismo libro, fechada en 7 de Mayo de 1916, nos declara el poeta que no fué la ciencia materialista engreída y soberbia, quien lo condujo a Dios; sino que fué el espíritu conturbado quien supo escuchar al fin su voz maravillosa: realizándose de esta manera admirable, otro profundo pensamiento de Pascal: C'est le coeur qui sent Dieu, et non la raison. Voilá ce que c'est que la foi: Dieu sensible au coeur, non a la raison».

Dicha poesía es la siguiente:

INACCESIBLE

Dios es inaccesible al instrumento
científico, al crisol, a la retorta...
pero es siempre accesible para el alma.

Nunca despejarán su inmenso enigma
la suficiencia y el orgullo humanos,

cual si fuese ecuación. El telescopio
no habrá de sorprenderle entre los orbes,
ni la lente del ultramicroscopio
le encontrará en las células.
El dió su ley al Universo, y calla,
recatando su faz en lo absoluto.
Pero que el triste y conturbado espíritu

le busque como al sumum de los bienes,
y allá, en lo más profundo de sí mismo,
la voz maravillosa del abismo,
le dirá con amor: ¡Aquí me tienes!

VI

Hemos llegado a la que consideramos mejor obra de Amado Nervo, *Plenitud*, publicado en Madrid en 1918.

Este libro, digno hermano de *Juana de Asbaje*, no es de versos, sino de una prosa elegante y aristocrática, pulida y correcta, sin afectación ni amaneramientos. Campea en toda la

obra una filosofía optimista, un noble espíritu de amor y de bondad y un gran deseo de consolar a sus semejantes.

El notable literato argentino Alvaro Melián Lafinur, hablando de *Plenitud*, dice que es «un precioso breviario cuyas máximas vaciadas en una prosa lapidaria y diáfana, recuerdan, por su confortante influencia moral y por su noble dignidad viril, los *Pensamientos* estoicos de los Epicteto y los Marco Aurelio».

Bien quisiéramos insertar varios de sus preciosos capítulos; pero nos limitaremos al titulado *Si amas a Dios*, que nos dejará traslucir la paz interior y la tranquilidad del poeta, desde que terminaron aquellas dudas que antaño le hacían vivir intranquilo y atormentado.

Dicho capítulo es como sigue:

SI AMAS A DIOS

«Si amas a Dios, en ninguna parte has de »sentirte extranjero, poque El estará en todas »las regiones, en lo más dulce de todos los

»países, en el límite indeciso de todos los hori-
»zontes.

«Si amas a Dios, en ninguna parte estarás
»triste, porque, a pesar de la diaria tragedia,
»El llena de júbilo el Universo.

«Si amas a Dios, no tendrás miedo de nada
»ni de nadie; porque nada puedes perder y to-
»das las fuerzas del cosmos serían impotentes
»para quitarte tu heredad.

«Si amas a Dios, ya tienes alta ocupación
»para todos los instantes, porque no habrá acto
»que no ejecutes en su nombre, ni el más hu-
»milde ni el más elevado.

«Si amas a Dios, ya no querrás investigar
»los enigmas; porque le llevas a El, que es la
»clave y resolución de todos.

«Si amas a Dios, ya no podrás establecer con
»angustia una diferencia entre la vida y la
»muerte; porque en El estás y El permanece
»incólume a través de todos los cambios.»

Se advierte desde luego la diferencia que existe entre estas ideas de admirable placidez y serenidad ante la muerte, y las del poeta de antaño, que veinte años antes, exclamaba:

«¿Qué hacer cuando la vida me repela,
si la pálida mùerte me acobarda?
Digo a la vida: sé piadosa, vuela...
digo a la muerte: sé piadosa, tarda!»

VII

El último libro que Nervo publicó durante su vida, se titula *El estanque de los lotos* y se acabó de imprimir en Buenos Aires en el mes de Mayo de 1919, nueve días antes de que el poeta traspusiera los dinteles de la eternidad.

Este libro no constituye, en nuestro concepto, un nuevo escalón para la gloria de su autor, pues juzgamos incuestionablemente superiores sus obras precedentes: *Elevación* y *Plenitud*.

En *El estanque de los lotos* se nota, desde luego, falta de unidad, y varias de sus composiciones contienen ideas budistas o teosóficas. Es un ejemplo de que el alma humana en su ascensión a la verdad divina, no va como una

flecha que asciende en línea recta de la tierra al cielo; sino que semeja el vuelo de una ave, que sube y baja en mil ondulaciones, hasta perderse en el azul del infinito.

En descargo del poeta, pudiera admitirse la discreta observación del joven literato Alfonso Junco, quien juzga atinado sobrentender que, «empapado Nervo de lecturas indostánicas, tomó el prurito de alusiones budistas, como muchos el mitológico, no por creencia, sino por retórica, a modo de realce poético y metafórico, para decirnos los estados y aspiraciones de su alma».

El mismo poeta Junco hace observar que, «en la casi totalidad de las poesías de esta obra, religiosas o no, brillan una intención y un pensamiento constantemente nobles».

Nosotros diremos que en *El estanque de los lotos,* a pesar de los nublados que suelen retratarse en sus cristales, también se reflejan con frecuencia las más brillantes estrellas de la fe y del amor a Dios. Mirad, por ejemplo, esta maravillosa estrofa, que vale por mil poemas. Después de decir el poeta, que otros lleven por el río de la vida galeras de marfil; que otros

lleven acopio de ilusiones; otros, tesoros y riquezas; exclama, despreciando todo esto:

«Llévete yo, Dios mío, como perla divina
en el trémulo estuche del corazón que te ama;
llévete yo en la mente como luz matutina;
llévete yo en el pecho como invisible llama.»

Creemos que difícilmente podrían encontrarse en los poetas místicos del siglo de oro, versos más hermosos y delicados, en los cuales se siente el fuego del amor y resplandece la luz divina de la fe!

VIII

Vamos tocando al término de la jornada, en que hemos seguido, a través de sus obras, la trabajosa ascensión de un alma, hacia las cumbres excelsas de la verdad y del bien.

Podemos ya darnos cuenta de cómo fué la evolución de sus ideas y de su retorno a la fe.

Teniendo presente tal evolución, se comprende que no es debido calificar moralmente

dentro de un cartabón inflexible, la obra literaria de Nervo, precisamente por su falta de unidad; sino que unas partes son buenas, mientras otras no lo son; y toda ella, vista ya a distancia y en conjunto, puede servirnos como una lección de la marcha trabajosa de un espíritu que, con aciertos y caídas, desviaciones y regresos, marca la huella luminosa en busca del Ideal.

El notable crítico y ya ilustre poeta don Alfonso Junco, antes citado, sintetiza su juicio acerca de la obra de Nervo, en estas breves y substanciosas frases: «Nuestro poeta pisó rutas extraviadas, mas no le faltaron aciertos; en sus últimas épocas acierta casi siempre, y tiene un buen caudal de prosas y poesías cabalmente ortodoxas, llenas de levantados ímpetus, consoladoras sugestiones y áureos estímulos para fertilizar y embellecer la vida. El lo confiesa en *La lección:*

Ya pasó la turbulencia
de tu atolondrado día.
Hay una melancolía
mansa y grave en tu existencia,
y cobra una transparencia
celeste tu poesía.

Pues si hubo evolución evidente, si las fases del bardo son varias, demos a cada una su nombre y su merecimiento. Inadmisible comparar su obra en conjunto con la de los místicos insignes; injusto aplicarle, en suma, un desdeñoso «misticista», menospreciando así lo mucho de ennoblecedor, uncioso y casto que en su labor esplende.»

Y en alguna otra parte, dice el mismo joven literato: «La actitud católica debe ser, pienso yo, de simpatía para Nervo, no de aversión. Simpatía compasiva en sus desorientaciones y tropiezos; simpatía gozosa en sus delicadezas y elevaciones».

Estamos enteramente de acuerdo, y no podemos menos de aplaudir un juicio crítico tan sereno, tan prudente y tan justiciero.

Las obras de Nervo deberían ser examinadas y expurgadas por personas competentes, para desechar las piedras falsas, y recoger definitivamente el oro puro y los diamantes verdaderos que deben formar la corona del poeta.

El propio Amado Nervo, en alguno de sus últimos escritos, decía:

«He hecho innumerables cosas malas, en

prosa y verso: algunas buenas; pero sé cuáles son unas y otras. Si hubiese sido rico no habría hecho más que las buenas, y acaso hoy sólo se tendría de mí un pequeño libro de arte consciente, libre y altivo. ¡No se pudo! Era preciso vivir, en un país donde casi nadie hacía libros, y la única forma de difusión estaba constituída por el periódico. De todas las cosas que más me duelen, es esa la que me duele más: el libro, breve y precioso, que la vida no me dejó escribir: el libro libre y único.»

¡Ojalá que de la manera que aun es posible, se realice en cierto modo el pensamiento del poeta, haciéndose la selección acertada de sus poesías, para formar el libro único que él deseaba; sometiéndolo — diríamos nosotros — a la censura de la Autoridad Eclesiástica, toda vez que el autor murió en el seno amoroso de la religión católica.

En efecto, muchos de nuestros lectores conocerán, sin duda, los detalles conmovedores de su muerte.

Sabrán que Amado Nervo fué enviado como ministro de México a las Repúblicas de la Ar-

gentina y del Uruguay. En Buenos Aires y en Montevideo, fué recibido con los más altos honores y con las mayores demostraciones de cariño, pues de antemano era bien conocido por sus obras literarias.

Y cuando todavía duraban las fiestas de su recepción; cuando con su exquisita cortesía y don de gentes se había ganado todos los corazones, cuando presidía en Montevideo el Congreso del Niño, la muerte llegó de improviso, para llevarse a su elegido. Un ataque de uremia lo postró en el lecho del dolor y desde luego declararon los médicos que el caso era de suma gravedad. Al saberlo Zorrilla de San Martín, el ilustre autor de «Tabaré», corrió a su lado y no tuvo otra preocupaeión, sino la de lograr que su amigo recibiera los auxilios de nuestra Santa Religión.

El mismo Zorrilla de San Martín, en una entrevista que concedió a los redactores del periódico argentino *Los Principios,* refiere los detalles conmovedores de aquel trance supremo.

«Recibióme—dice—con los brazos abiertos, manifestándome la vivísima complacencia que

tenía con mi visita. Y al preguntarle de su salud, me contestó:

—El dolor, el amigo dolor, siempre acompañándome.

—Pues al amigo dolor, al hermano dolor—le repliqué—, se le puede santificar y convertir en una fuente de consuelos. Precisamente el primer santo que entró en el Cielo, fué llevado por el dolor. Para eso se sirvió de un medio, el más eficaz para mover la bondad de Jesús, hablándole de cruz a cruz.

—¡Qué cosas más hermosas me está usted diciendo!—exclama Nervo—. ¿Y cómo logró ese santo entrar en el cielo?

—Del modo más sencilo—contesta el poeta oriental—. Dimas desde la cruz habló a Cristo, crucificado, como él, en la cruz. De esta manera Jesús, el bondadoso Jesús, no puede olvidar a su compañero de dolor y se lo lleva al cielo. Háblele usted también desde la cruz de su enfermedad y será oído.

—Pero si hace tiempo que no me he confesado—manifiesta el poeta mexicano.

—No importa—agrega Zorrilla—, todo lo arreglará el representante de Cristo.

—Bueno—dice con decisión Nervo—, llame cuando quiera usted al confesor.

Y Zorrilla de San Martín sale presuroso del hotel, toma un carruaje y se dirige al seminario, donde encuentra al Padre Benítez, distinguido jesuíta correntino. Vuelven al hotel, y entre tanto, habían llegado algunos amigos del enfermo, entre ellos algunos de ideas liberales muy arraigadas, quienes comenzaron a poner toda clase de dificultades para que se confesara.

—Es una imprudencia—dice uno.

—Está durmiendo—dice otro.

—Se puede impresionar—dice el doctor.

—Si es así—contesta Zorrilla de San Martín—volveremos luego.

—Regresaremos cuando se despierte—indica el Padre Benítez. Y ya se disponían a salir, cuando se siente la voz del enfermo rogando que entrase el Padre.

—Ya lo ven ustedes—manifiesta Zorrilla de San Martín— es el mismo Amado Nervo que pide al sacerdote.

Mudo y profundo silencio de parte de los liberales en que debió sentirse el aleteo de los

ángeles que bajaban del cielo a contemplar la confesión de Nervo. Y entró el Padre Benítez en la habitación, confesándose Nervo con toda calma y sosiego.

—¡Qué paz, qué tranquilidad siento en mi alma!—repetía después el enfermo a su gran amigo el doctor Belaúnde, ministro plenipotenciario del Perú en Montevideo—. Hace muchos años que no gozaba de una súavidad tan grata en mi espíritu. ¡Qué bueno es confesarse!»

Fué tal la reacción moral del enfermo, que los médicos llegaron a creer en una mejoría; pero Dios había resuelto llevarse aquella alma grande y dos días después, la muerte sentó sus reales sobre el lecho del poeta. El doctor Belaúnde puso en manos del agonizante un crucifijo que había encontrado en sus balijas. Todos los escritores que se han ocupado de la muerte de Nervo, han dicho que tal crucifijo fué regalo de Rubén Darío, pero se han equivocado: Amado Nervo fué quien regaló a Darío otro crucifijo, besando el cual murió el gran poeta de Nicaragua. El crucifijo que el doctor Belaúnde puso en manos de Nervo, y que éste llevaba siempre consigo, fué regalo

de su hermana adoptiva Catalina Cadenne, religiosa de la Visitación. Lo sabemos por la familia del poeta.

Recibió Nervo el Santo Cristo de manos del doctor Belaúnde, con gran cariño, y con una calma y fervor sorprendentes, exclama: «¡Señor, Señor!...» Y apretándolo fuertemente contra su corazón, entregó el alma a su Creador...

¡Le había hablado de cruz a cruz!...

Tal fué la muerte cristiana de Amado Nervo, en la cual parece que Dios escogió como un ángel guardián, emisario de sus divinas misericordias, al gran poeta don Juan Zorrilla de San Martín, Honor del Uruguay, Gloria de América.

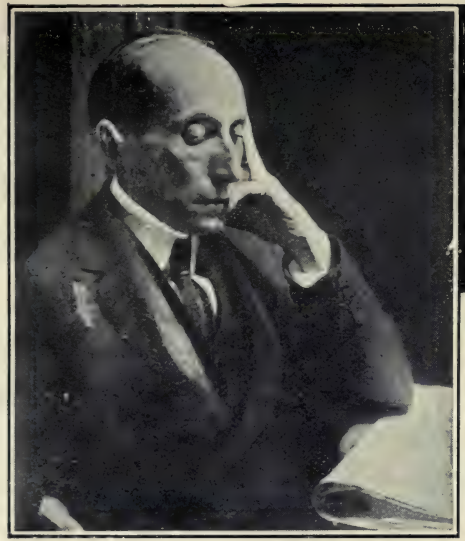
Los católicos mexicanos debemos estar profundamente agradecidos a este grande hombre por la intervención que tuvo en los últimos instantes de la vida mortal de nuestro ilustre compatriota, pues, sin duda, sus palabras inspiradas por Dios, llenas de amor y de poesía, vibrantes de fe y de caridad, movieron el alma de Nervo para arrojarse en los brazos de Cristo en el instante supremo.

Nunca una buena acción queda sin premio: el crucifijo, regalo de Nervo, contribuyó sin duda a la muerte cristiana de Rubén Darío; los auxilios espirituales proporcionados a Amado Nervo, auguran para el inmortal Zorrilla de San Martín, una corona en el cielo...

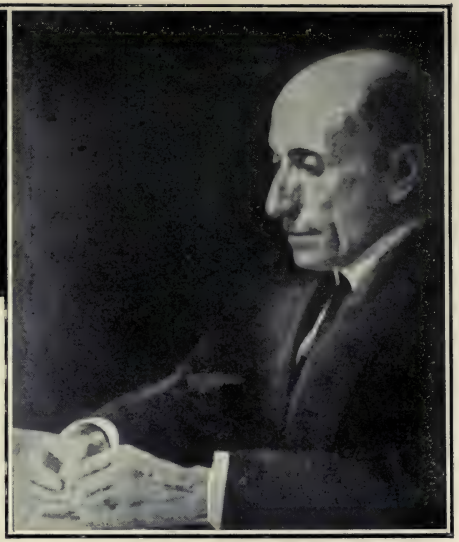
Allá, los tres poetas, ¡Dios lo quiera!, se reunirán algún día y, estrechando sus manos, modularán la más bella de las poesías; será un canto al Creador, formado con los trinos de nuestras aves, con los murmurios de nuestras fuentes, con los roncos hervores de nuestros volcanes, con los tumbos soberbios de nuestros mares... ¡será el coro inefable de nuestras patrias! ¡el poema del mundo de Colón! ¡el himno de la América Española!

PERFECTO MENDEZ PADILLA

Fotografías de Nervo tomadas en Montevideo, cuatro días antes de su muerte, durante una comida íntima.



El poeta aparece como bajo el peso de un negro pensamiento. Tal vez, en plena alegría piensa en el arcano



Mausoleo de Nervo en México.

APÉNDICE

Amado Nervo murió en Montevideo el 24 de Mayo de 1919.

El Gobierno del Uruguay quiso rendir los más altos honores a la memoria del ilustre poeta y dispuso que durante dos días fuera expuesto el cadáver en la sala de actos de la Universidad y luego depositado en el Panteón Nacional mientras se tramitaba su conducción a México.

Presidieron la ceremonia fúnebre el jefe supremo del Estado uruguayo, excelentísimo señor don Baltasar Brum, el encargado de Negocios de México y don Luis Padilla Nervo en representación de la familia del poeta. Asistió a ella una multitud inmensa compuesta de todas las clases sociales, siendo de notar la parte que en el duelo público tomaron las mujeres uruguayas, que, posesionadas de los balcones, arrojaron una verdadera lluvia de flores al paso del féretro.

Ya en el cementerio, trazaron la semblanza de Nervo como diplomático y como poeta los ministros de Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores, los presidentes de la Cámara de diputados y del Congreso del Niño y los representantes diplomáticos de la Argentina, del Brasil y de Italia, éste último en nombre de todo el Cuerpo diplomático acreditado en Montevideo. Terminadas las oraciones fúnebres de carácter oficial, hablaron el gran poeta uruguayo Zorrilla de San Martín y otros diez literatos. Todos enaltecieron la obra genial de Nervo.

Meses después llevóse a cabo la traslación de los despojos del poeta al suelo patrio. Condújolos desde Montevideo a Veracruz el buque de guerra «Uruguay», *al que daban escolta otros de la Argentina y Cuba. Todos los países en cuyas aguas tocó la fúnebre escuadrilla—Brasil, Venezuela, Cuba—rindieron al cadáver homenajes «sin precedente en los fastos de América». El buque escuela mexicano* «Zaragoza» *salió al encuentro de la escuadrilla en la Habana.*

La llegada a Veracruz verificóse el 10 de

Noviembre de 1919. Más de veinte mil personas esperaban a los bajeles. Con palabra conmovida hicieron entrega del cadáver el comandante del «Uruguay» *y el ministro de aquel país. Contestóles el representante del Gobierno mexicano, licenciado don Salvador Diego Fernández, al que acompañaban en la emocionante ceremonia los representantes de la familia del poeta, comisiones de las Cámaras de diputados y senadores y los comandantes de los barcos argentino y cubano con sus respectivos Estados Mayores.*

Todo el pueblo de Veracruz presenció el traslado del ataúd al Teatro Principal, donde fué depositado en severo y artístico túmulo. Por la noche, se verificó una solemne velada literaria organizada por el Ayuntamiento. El día 12 transportóse el cadáver desde Veracruz a la capital mexicana en un tren militar. Llenábanle centenares de coronas que ofrendaron al poeta el presidente de la República, general Carranza, los departàmentos de Estado, los Gobiernos de las entidades federativas, las Instituciones científicas, literarias y artísticas, la Prensa, los Centros de enseñanza, las colo-

nias extranjeras y muchísimos particulares. En otros trenes iban las delegaciones de los Institutos docentes de Sud-América, que sobre el Océano habían hecho guardia al cadáver, las dotaciones de los barcos de guerra y las comisiones oficiales encargadas de recibir los restos.

A las ocho de la mañana del día 13 de Noviembre llegó el fúnebre convoy a la estación de Buenavista, que aparecía adornada con negras colgaduras, banderas de todas las naciones hispano-americanas y flores naturales. De la estación fué trasladado el féretro al Palacio de Relaciones Exteriores cuyo patio principal quedó convertido en suntuosa capilla ardiente. Tanto los elementos oficiales como los centros literarios organizaron guardias que velaron el cadáver hasta el día siguiente, en que tuvo lugar la inhumación en la Rotonda de los Hombres Ilustres, en el Panteón de Dolores.

Afirman los testigos presenciales que nunca se presenció en México un entierro tan solemne, a la par que sentido. Un cronista de la ceremonia dice que se verificó «con pompa no

inferior a la de un gran monarca». Fué una verdadera apoteosis, en la que tomaron parte las más altas representaciones del mundo oficial, de las ciencias, de las artes y de las letras, haciendo patente el luto de la República por la muerte del hijo preclaro. El pueblo, con su presencia, dió también clara prueba del dolor que en su corazón había causado la desaparición del poeta. Más de trescientas mil almas asistieron al sepelio.

La caja mortuoria fué colocada sobre un armón de artillería. Cubríanla el pabellón de la patria y los de los países hermanos. A la cabeza del cortejo iban las dotaciones de los barcos de guerra nacionales y extranjeros. Seguían todas las agrupaciones de carácter cívico y literario. Presidían el duelo el secretario de Gobernación en representación del presidente de la República, los familiares de Nervo y una comisión del Ayuntamiento de Zamora, ciudad de la que el poeta era hijo adoptivo. Los cordones de oro que colgaban del féretro llevábanlos los representantes diplomáticos de la Argentina, Uruguay y Cuba, el subsecretario de Relaciones Exteriores, el

rector de la Universidad y un miembro de la Suprema Corte de Justicia. Cubrían la carrera las distintas armas del Ejército con banderas desplegadas y lazos de crespón. Las músicas militares entonaban marchas fúnebres, a cuyos sones mezclábanse las salvas de artillería. En uno de los lugares del trayecto centenares de niños de las escuelas detuvieron la marcha de la comitiva para arrojar sobre los fúnebres despojos montones de rosas, violetas, pensamientos, margaritas, y gardenias.

Al pie del soberbio sarcófago de mármol, regalado por la nación uruguaya, pronunció un discurso el marino de aquel país don Francisco Carbajal, ofrendando a la memoria del poeta una hermosa placa de bronce en nombre de las mujeres de su patria. Siguieron en el uso de la palabra el cadete de la Escuela Naval Militar uruguaya don Mario C. Pittaluga, el licenciado don Ezequiel A. Chávez y el ministro de la Argentina en México don Manuel E. Malbran. Finalmente, habló el subsecretario de Relaciones Exteriores, que en frases elocuentes recogió las fraternales manifestaciones de cariño a México que se habían

producido en todos los pueblos de América con motivo del duelo por que pasaba su país, y proclamó a Nervo no sólo como una gloria de la patria mexicana, sino de toda la raza y de todas las naciones de habla española.

•

Durante la semana siguiente al entierro de Nervo rindióse tributo a su memoria con diversos actos y ceremonias. Uno de los más importantes fué la velada que organizó la Universidad Nacional en el teatro Arbeu. Como invitados de honor asistieron a ella los comandantes, oficiales y cadetes de los barcos de guerra del Uruguay, Argentina y Cuba. En un palco estaba el ministro de la Gobernación en representación del presidente de la República, en otros el rector de la Universidad, el director del Museo Nacional, el de la Escuela de Altos Estudios y otras relevantes figuras del mundo docente. El resto de la sala lo ocupaban los diplomáticos extranjeros, el elemento intelectual y la alta sociedad mexicana.

En el escenario, sobre fondo negro, se veía

el busto en mármol del poeta. El pedestal ostentaba el nombre de Nervo entre ramos de laurel. Dos grandes pebeteros, a la manera clásica, iluminaban con sus llamas la escena.

Leyéronse dos discursos en la brillante ceremonia. Uno del profesor de la Facultad de Jurisprudencia don Alejandro Quijano, y otro del eximio poeta, hoy ministro de México en España, don Enrique González Martínez. Titulábase el primero Amado Nervo: el hombre, *y el segundo* Amado Nervo: el poeta. *Ambos hemos querido reproducirlos con la breve noticia precedente de las exequias fúnebres, en este volumen que cierra las* Obras Completas *del inolvidable vate, y el lector los hallará a continuación (1).*

---

(1) Tomamos estos trabajos del folleto redactado por el encargado del Departamento de Extensión Universitaria de México, don Miguel Medina Hermosilla, y publicado en Homenaje a la memoria de Amado Nervo *por la Universidad Mexicana el 31 de Diciembre de 1919. Componen este folleto la reseña de los actos verificados desde la llegada de los restos de Nervo a su patria y el texto integro de los discursos pronunciados en las diferentes ceremonias que se organizaron en honor del poeta.*

AMADO NERVO: EL HOMBRE

Tenía entonces, haciendo marco al rostro que siempre fué flaco y amarillo—como de carne abatanada e infundida en marfiles viejos—, una barbilla rala, negra, no muy pulcra. Su faz, así, se parecía un poco a la de esos Cristos «pre-rafaelistas», los de Giotto, los del Cimabué, no bellos, no blancos, sino cetrinos, empapados en tristeza, transflorando el íntimo dolor. Su cuerpo, enjuto, un poco encorvado, se movía con parsimonia. Vestía un tanto estrafalariamente, calzando guantes raros, portando chalecos de colores más o menos primitivos: el verde, el rojo. Su casaca no era, por

cierto, un prodigio de corte; no la hubieran llevado ni Brummel ni D'Orsay. Su voz, un tanto monótona, con los dejos y acentuaciones inconfundibles de nuestras regiones del Occidente, no carecía, sin embargo, de gracia, haciendo que escuchada primeramente con cierto recelo, quizás hasta con una leve burla íntima, fuese después ganando el auditorio, haciéndolo suyo poco a poco, hasta vencerlo.

Así, más o menos, lo recuerdo en una de las primeras manifestaciones públicas del poeta. Se celebraban en nuestro Teatro Renacimiento —hace ya diecisiete años—, los Juegos Florales que los alumnos de Derecho habíamos organizado. Fiesta de lujo y esplendor. El salón henchido. La escena llena de muchachas y de flores, haciendo, todas, las flores y las muchachas, corte a una joven reina de real apostura. Nuestro más conspicuo tribuno — hablo, es claro, de Jesús Urueta—pronunciara entonces una de sus elegantísimas obras de arte. De pronto, la sala, en un movimiento curioso, vió aparecer a aquel hombre flaco, acorvado, que con andar vagaroso se adelantaba hacia el proscenio, vestido con su casaca no muy ele-

gante, quizás no muy negra, enfundadas las manos en raras quirotecas. Principió entonces, con esa voz provinciana, monótona, pero simpática en su timbre delgado y sonoro, a recitar sus versos, aquellos versos que venían ya de Europa, en donde el poeta hubiera estado unos años; aquellos versos que, llenos de la simplicidad eterna del arte, tenían, sin embargo, una novedad absoluta. Y cuando terminaba:

«... Un poquito de ensueño te guiará
en cada abismo,
un poquito de ensueño...»

el concurso, encantado, esa es la palabra, encantado ya con el poeta y con sus versos, lo aclamaba cordialísimamente.

Este es, repito, el primer recuerdo neto que tengo del artista, como tal. Aquella figura rara, de la cara galilea y vestida estrafalariamente, no encerraba ya, sin embargo, al Amado Nervo de la primera juventud. Escapado, en un arranque que él mismo nunca supo explicar bien, de los brazos de la vida del convento, a la que parecía ir derecho en sus primeros años, era ya

del mundo, por más que en él nunca olvidara los principios de una fe pristina, que llevaba enraizada en lo más hondo de su ser. El Seminario de Jacona—ese pueblecillo aledaño a la fértil y noble ciudad de Zamora, la cual parece haber concentrado toda la realidad del viejo «coloniaje» español—le había metido, haciéndolo gotas en su sangre y nervios en su carne, ese espíritu de señoril resignación, de estoica mansedumbre, que, si abandonado un poco durante sus años de inquietud, que vivió la mayor parte en Europa, habría de atraerlo nuevamente, de tirarlo con el imperio de una fuerza atávica, hasta hacerlo, en los últimos años de su vida, el hombre que llega a la cima

«de la montaña augusta de la serenidad»...

Nervo, nacido en Tepic, centro principal de aquella región que hoy se llama, como en la época de la colonia, el Nayarit, vió deslizarse sus años infantiles en la quietud de la puebla natal, en medio a la minúscula vida provincia-

na, sencilla, casi arcádica. En el casón paterno, aquél en que la vieja llave cincelada, con

> «cautela
> conservaba la canela,
> el cacao, la vainilla»...;

en aquel casón en que aún se guardaban los tibores, las lacas, los marfiles que allá, siglos antes, trajese del oriente la famosa «nao de la China», pasaron los años de infancia del poeta.

Paternalmente heredara el espíritu sereno, como de remanso. Su padre era hombre justo. Su madre, dulce y cordial, hiciera de vez en cuando, casi a hurtadillas, versos; así nos lo dice Amado en cierta breve nota autobiográfica. Por herencia, pues, fuera bueno y fuera hidalgo; por herencia, quizás, fuera poeta...

El niño, educado así en un vivir casero, de quietud, pasara al Seminario michoacano. Tal vez aquella familia, formada al uso viejo, creyera que el porvenir de los hijos, como en la antigua metrópoli, debiera ir o por el camino de las armas o por la vía de la iglesia... Y el muchacho enderezó sus pasos por esta última senda.

Jacona, pequeñita ciudad, albergaba un grande y vetusto Seminario. En él cursara Nervo las clásicas humanidades; estudiara latines; ayudara, en las megas mañanas, a la Misa que celebrara un austero fraile. Y el ánima, ya propicia, encastillóse aquí, bajo la dirección y al cuido de graves religiosos, en el amor de Dios; hízose más quieta y recatada; tornóse mística. El misticismo, propincuidad del hombre a lo divino, estado en que, desasido el espíritu de lo terreno tiende su anhelo a un mejor plano, hizo suyo al poeta. Y lo hizo suyo definitivamente. No importa que en las épocas de dudar apareciera el hombre, a través de sus versos, levemente heterodoxo; su alma no dejó de ser nunca mística.

... Sin embargo, la greguería insinuante de los pájaros en los atardeceres, o a la alborada; la juventud, que reclama sus fueros aun dentro de las casas de recogimiento y gravedad, haciendo fiesta en todas las horas; quizás la gota de sangre aventurera de algún antepasado español; tal vez el hecho—él lo dijo en alguna ocasión—de que, en premio a la seriedad de sus estudios, se le diera un puesto en la biblio-

teca del colegio, en donde los ojos, ávidos de lectura, apuraran por primera vez el picante de una duda; puede ser que una de estas causas, o juntas todas ellas, determinaran el principio del proceso de liberación del muchacho.

... Y consumado éste, he aquí al hombre, es decir, al hombrecillo de dieciséis o dieciocho años, con las alas abiertas, listo a recibir el halago de todas las brisas, apercibido a vivir la vida...

Y principió a vivirla. ¿Cómo? Como la viven muchos de los muchachos que tienen, a guisa de preparación, una cultura de humanidades; en el periodismo. E inicióse en *El Correo de la Tarde,* allá en mi natío puerto de Mazatlán. Y sus prosas unciosas, y sus versos peregrinos comenzaron a atraer la curiosidad primero, la atención después.

... El campo se agrandó pronto. El horizonte iba alejándose. Ya la Prensa de México reproducía, de cuando en cuando, sus obras. Ya en los cenáculos literarios de entonces—y entonces era, precisamente, la época de la gran

bohemia literaria de México—se hablaba de su producción. Y un día, en 1894, Nervo llegó a la capital, lleno de fe, con el ardor juvenil, con la fuerza de los veintitrés años; en la alforja traería, seguramente, poca blanca; en la mente mucha ilusión y mucha poesía...

Comenzó, pues, la pugna. El hombre venía, dije, con entusiasmos; pero los entusiasmos ceden muchas veces cuando, como acontece en las grandes ciudades, no es precisamente acogedor el medio, sino, por lo contrario, enemigo. Las torres de marfil son esquivas; para llegar a ellas, precisa una labor constante y de depurada bondad; mas nuestro poeta, tenaz en el empeño, iba venciendo poco a poco. ¿Qué importa que en la lucha dejara unos cuantos pulmones? ¿Qué importa que a las veces, para vivir, tuviese que apelar a poco poéticos menesteres? ¿No desempeñó Shakespeare muy tristes encargos? ¿No fué Cervantes colector de alcabalas? ¿No supieron Milton y Camoens de los horrores de la miseria? Parece ya una verdad incuestionable que el dolor, templando y acendrando el alma, dé como fruto la obra más aquilatada y preciosa.

Por ello, tras estas hoscosas pruebas materiales, el triunfo fué haciéndose obra en Amado Nervo. Los periódicos de la ciudad lo acogieron en sus redacciones; los cenáculos le abrieron sus puertas...

Y en medio de su esfuerzo, vió un día cómo la esfinge iba a decirle su palabra. Se le enviaba, en misión periodística, a Europa; a Europa, que era, como es y como será aún por luengos siglos, la cima de casi todos los ensueños juveniles.

Allá fué. Su espíritu allegó, en cinco años, el tornasol sin fin de los paisajes, la ciencia de los libros, el arte de las pinacotecas. Recorría, con holgura, o «cabalgando en el milagro», como donosamente dijera él mismo, según el destino se lo deparaba, los diversos países. Francia era para él el hoy, el día que se vive; Roma el ayer, la ciudad muerta a la que hay que dejar. Porque a Nervo no le gustó Roma. Es ésta una de las demostraciones de que su espíritu, medularmente cristiano, no gozaba con las ruinas del paganismo; ni siquiera San Pedro pudo moverlo a la oración. En una carta a un espíritu amigo, fechada en Milán en 1901,

refiriéndose al Duomo, al que Gabriel D'Annunzio consideró como un «milagro», decía francamente: «Bajo las naves de esta Iglesia he vuelto a hallar el espíritu de la oración, que se me había perdido en los templos paganos de Roma, sobre todo en San Pedro». ¿Contribuiría a ello el arte ojival de la suprema estructura? ¿Sería una nueva prueba de la verdad hallada por quien dijo que el arte gótico, con sus líneas derechas, con sus flechas tendidas copiosamente hacia la altura, mueve a la oración, porque él mismo es una oración?...

Vivió largamente en París. Gozara entonces, como nunca, la vida. Tomárala en sus brazos con vehemencia, ya encarnada en una brava moza del «boulevard», ya licuada en el oro del «champagne», ya hecha color y mármol en las estatuas o en las telas del Louvre. Gozárala también en la amistad de los grandes artistas, en la fraternidad con Darío, en el contacto amante con todo lo que era, en esos momentos, el alma de la Tierra.

Lustró, así, su espíritu; asutiló su alma, haciéndola toda melodía y amor... Y de esa alma órfica surgió, en París, una de sus creaciones

más grandes: *La Hermana Agua*. En ella el gran lírico, en un ancho impulso franciscano, ama la gloria del agua múltiple: la canta en la lluvia y en la nieve, en la bruma y en el hielo. Y la quiere por buena, porque es caridad:

... «Para cubrir los peces del fondo que agonizan de frío, mis piadosas ondas se cristalizan»...

Volvió a México. Sus nuevos años en México—sólo tres o cuatro—lo consagraron ante el público. Fué entonces, y ya para siempre, el poeta querido de todos, sentido por todos.

Fué en esos años cuando, movido por nuestras glorias patrias, brotaron, de su pluma y de sus labios, aquellos cantos nacionales, tan hondamente sentidos como los que más pueden serlo, ¡y tan alejados, sin embargo, de lo que hasta entonces era la poesía patriótica! Nervo fué el reformador, el creador, diría yo, de tal poesía como obra de arte. Recordemos su *Raza de Bronce*, recordemos su *Canto a los Niños Mártires,* recordemos su *Canto a Morelos*. En todos, y dentro de una forma de veras

original, luce el amor sin medida a la patria y a sus héroes; a tal grado, que ello caracteriza uno de sus rasgos anímicos.

A esta época pertenece el momento a que al principio he aludido, ese primer esplendor del artista ante el público, que desde entonces lo consideró, por la excelencia de su obra tanto como por la claridad y simplicidad de su vida, como hombre y cantor dilecto.

A esta época corresponde, asimismo, la manifestación universitaria de Nervo. No constituída aún, es cierto, nuestra Universidad Nacional, a ella pertenecían, en esencia y aunque fuese como *disjecti membra* que dijera Horacio, los institutos que luego la integraron. El alma del supremo órgano educador de la nación, no manifestada aún, latía, sin embargo, en la vida de esos institutos y en la mente de su fundador, que por aquel entonces, en 1905, dirigía ya, desde su sillón de Ministro, el impulso de cultura que él mismo habría de concretar cinco años más tarde en el Cuerpo en cuyo nombre hablo en estos momentos. Y como la Escuela Preparatoria ha pertenecido y pertenece, *per se,* cualesquiera que sean las

vicisitudes de su vida, a la Universidad, la cátedra de Lengua castellana que Nervo dictó en aquella Escuela, lo constituye en elemento universitario; no siendo, por cierto, sólo ésta la contribución del poeta como cultor didáctico, ya que durante su segunda larga estada en Europa, envió a la secretaría de Instrucción pública inteligentes y documentados informes sobre asuntos de educación.

A esta época corresponde, igualmente, la obra constante y entusiasta de Nervo en *Revista Moderna*, la afamadísima publicación que de modo tan elocuente habla del arte literario en México, y de la que Nervo, con Jesús Valenzuela, fué por varios años propietario y director. La Revista, desaparecida con la muerte de Valenzuela, fué, durante su vida, exponente el más serio y prestigiado del arte y de las letras mexicanas. En sus páginas se halla cuanto entonces brilló; y en ellas lucen la prosa y el verso de nuestro poeta.

A estos años corresponde, por último, una modalidad no muy sabida, de Nervo. Trajera, efectivamente, del viejo mundo, prendida, entre los aromas de su civilización, una nueva

lámpara en su intelecto. Su inquietud lo lanzaba ahora por la vía de la ciencia; y se dedicó a cultivarla... como la cultivan los poetas: admirando más lo que queda en la obscuridad que lo que se saca a la luz. Le atraían los experimentos de alta química de Mr. Le Bon; soñaba con los espacios cósmicos. Yo supe entonces cómo pasaba noches enteras en el Observatorio de Tacubaya, atisbando por un ecuatorial el nacer de un mundo, o ansiando lanzarse en la cauda de un cometa. Asistía, también, con asiduidad, a las sesiones de la Sociedad Astronómica, en donde sus estudios llegaron a obtener preciados galardones.

¿Qué quedará en su mente de estos escarceos científicos? Tal vez un mayor desconcierto y una admiración más religiosa ante lo arcano...

Ingresó en la diplomacia. Tornó a Europa. Asentó en España, como secretario de nuestra misión. Y allí, en la castellana capital del reino, pasó ya casi todo lo que de vida le quedara.

Durante trece largos años, y en tanto que elegantemente envejecían los oros de su uni-

forme diplomático, el poeta produjo obra copiosa y rica. Seis u ocho libros salieron de su pluma en este tiempo; y con ellos amplió el campo de sus conquistas, extendiéndolas de su país a la vieja metrópoli—que lo admiró sinceramente—, y luego, en una ancha repercusión, a todos los pueblos de la América española, que lo leyeron y lo amaron.

Su vida exterior se desenvolvió, durante este tiempo, igualmente tranquila. Su rostro, que siempre fué flaco y amarillo, como de carne abatanada e infundida en marfiles viejos, no tenía como marco la barbilla rala de los primeros tiempos. Su vestir era sobrio y pulcro. Estrictamente cumplidor en el desempeño de sus deberes oficiales, fué entonces, como siemre después, el verdadero diplomático, entendida como se debe entender, como se entiende ya, esta palabra. El diplomático moderno no es ni debe ser sólo el elegante polígloto, adorno de los salones; ni tampoco sólo el austero delegado oficial de una ante otra cancillería. La vida moderna, complicada en extremo, exige del diplomático una manifestación multiforme. Inteligente, culto, de fino tacto, varonil y discreto

con los hombres, gentil con las señoras, y lleno, luego, del conocimiento de su país, con el que tiene que estar en íntimo contacto, aún a distancia, y estudioso de aquél en donde está, el diplomático tiene que ser un hombre de civilización superior.

Y Amado Nervo, que llevaba en el espíritu arte y ciencia y bondad, supo ser un ejemplar representante nuestro. Como que sabía igual redactar una importante nota, llevar a término una difícil plática y concurrir a una selecta reunión. Efectivamente, Nervo, que en su oficina era grave y austero, era en sociedad de extrema simpatía. Conversador interesantísimo, abordaba todos los temas con notoria sapiencia, y resultaba, así, grato a los hombres; y como podía después, en galante discreteo, regalar los ávidos oídos femeniles con un delicado «Madrigal heterodoxo», o con un leve «Sonetino», el hombre iba, constantemente, conquistando voluntades y espíritus.

Por lo demás, supo tener en alto siempre su «penacho». Todos conocéis el episodio... Recordarélo, sin embargo, en estos instantes en que lo recordamos a él. Colocado en un mo-

mento, y por causas que no viene a cuento memorar, en aflictivas circunstancias, el Congreso Español, en un rasgo que por su alteza merece que se le califique solamente como un genuino rasgo español, decretóle una pensión. El hombre entonces, llena el alma de hondo reconocimiento, contestó una nota, noble y sencilla, rehusando el dinero y agradeciendo fervorosamente el ademán. El hecho conquistó, para el alto cuerpo español, la gratitud no sólo de Nervo, sino de todos los mexicanos; y para Nervo la admiración, el respeto que merece el hombre que sabe, en un momento de la vida, rehusar y agradecer, guardar a salvo lo que a salvo debe guardarse, y dar gracias, dar gracias, que es una de las cosas que sólo los hombres superiores saben hacer bien.

Cuando, el año último, Nervo vino a México, llamado por el Gobierno para ser enviado luego a la Argentina y el Uruguay con nuestra más alta representación, los pocos meses que residió entre nosotros afirmaron más, si esto cabía aún, el respeto, la devoción, la cordiali-

dad que todos sentíamos hacia él. En las fiestas de la patria, en la celebración del día de la raza, en los salones, desplegara pródigamente su cantar. Su espíritu de amistad y bondad derramárase también por todas partes. Fué este breve paso del poeta por su patria un saludo entusiasta, que resultó ¡ay! un eterno adiós.

En una reunión que un grupo numeroso de amigos le ofrecimos para despedirlo, ¡qué palabras de sinceridad y emoción dijo el poeta! Rebosaba amor, en esa tarde, el alma de aquel hombre que se iba de su país rodeado de amor. Yo llego a creer que su espíritu, que había presentido, que aun había deseado, en ocasiones, la Muerte, se había olvidado, en esa fiesta, de la implacable visitante; y que tal vez entonces, en su país, rodeado de los suyos, el poeta cancelara, allá en lo más hondo, los versos en que antes tradujo su deseo de otro vivir, creyéndose ya en paz con éste. Quién sabe si aquél:

«Vida, nada me debes. Vida, estamos en paz»,

no lo sintiera en aquellos días...

Pero la Inexorable lo rondaba ya. Y llegado apenas a los países del Sur ante los que nuestro Gobierno le acreditara, cuando todavía no se apagaba la cálida acogida con que los más altos espíritus argentinos y uruguayos le habían recibido; cuando resonaba aún en los aires el eco de la voz de Lugones, Ella lo reclamó.

Y he aquí al hombre, muerto ya en su carne, vivo intensamente en su obra, en la estela de su espíritu, que pudo mostrarse, a través de penosas contingencias exteriores, y aun entre el rudo batallar íntimo, fundamentalmente bueno.

Nervo, que había partido de un grave ascetismo que dió pábulo a la melancolía que siempre le fué característica, pasó—¡cuán pocos no pasan!—antes de amar a la celeste Beatriz, por el purgatorio del amor terrenal. Y, así, besaba entonces los labios rojos, porque eran rojos y fragantes:

«Gitana, flor de Praga, diez kreutzes si me besas»...

Después, en un plano superior, seguía besando los labios, pero ya no por fragantes y rojos, sino porque besaba a su través el alma

que detrás de ellos, y aun en ellos mismos, se difunde.

Místico porque no pudo encontrar en la razón la clave del Enigma, amante por temperamento, fué panteísta: un «poverello» *sui géneris,* que paseó por los cenáculos artísticos, igual que por las salas oficiales o por los estrados elegantes, su psicología complicada y primitiva a un tiempo, su psicología de ingenuo y de supercivilizado.

Hetorodoxo un tanto respecto a sus creencias infantiles; interesado en diversas doctrinas esotéricas y aun deseando a veces la serenidad del «nirvana», quiso, sin embargo, a la hora del último partir, oyendo, quizás, en su interior el *agnosco veteris vestigia flamae* del mantuano, abrazarse píamente a la cruz y besar en ella, con labios trémulos, la efigie de Aquel que vino, en un impulso de amor, a absorber y destruir el Mal y a llevarnos derechamente hacia el Bien definitivo.

❀

Las naciones amigas—el Uruguay, en donde finara, la Argentina, en donde estuviera tam-

bién acreditado, los países todos cuyas aguas besó la hélice que nos trajera su cadáver: Brasil, Venezuela, Cùba—le han rendido y nos han acompañado a rendirle un insólito homenaje, sin precedente en los fastos de América. De todo ello fué él merecedor. No puedo, sin embargo, dejar esta tribuna callando un íntimo sentir. El homenaje cumplido, la magna apoteosis iniciada en Montevideo el 24 de Mayo y sellada hace tres días en la Rotonda de los Hombres Ilustres, tiene, acaso, una trascendencia más honda en este instante de la humanidad, que la de un tributo a la memoria sólo de un gran pòeta. En estos momentos, que Maeterlinck llama de despertar, en que por diversas causas, efectivas unas, y ¡ay, tan dolorosas!, obscuras otras, inefables, una inmensa ola espiritual anega el mundo, las multitudes reverentes, en un silencio perfumado de alma, han glorificado en el gran muerto, como en un símbolo, cuanto de mejor llevan en lo más profundo de sí mismas.

A modo de un signo espiritual, el místico de «Expectación»—todo él «un acto de amor», tendido siempre a lo alto en un perdido afán—

ha cifrado, un punto, la ingente necesidad humana de amar, de servir, el desgarrante anhelo de saber...

Pueden, pues, los huesos del poeta posar regocijados bajo el terrón moreno de la patria; el ruiseñor fiel le cantará por las noches, con su gorja de oro, el epitafio evangélico que él soñó: «Pasaste haciendo el bien»... mientras el espíritu, libre, sacia su anhelo clarificado al resol de la Eternidad.

ALEJANDRO QUIJANO

AMADO NERVO: EL POETA

Nunca como hoy se ha impuesto la necesidad de la vida íntegra; jamás como en esta hora de calamidades sin cuento, de fracasos morales inesperados, de crisis amenazantes y pavorosas, ha menester la humanidad que los espíritus selectos le den el contingente de una creación fecunda que habrá de transformarse un día en el ímpetu salvador que restaure lo caído en la universal catástrofe y edifique la nueva morada de paz y fraternidad para los hombres.

Nos abrasa una divina sed de tipos heroicos, con misión precisa, que arrojen su aliento viril sobre la debilidad trémula o que posen su mano sobre el dolor del instante; el mundo se

siente ávido de nobles estímulos y de caricias piadosas. Crear al margen del sufrimiento humano, olvidándose del minuto funesto, cerrando los ojos al gemido hondo de la tierra en conmoción, es sequedad de alma y penuria de amor. Aun lo subjetivo y hermético debe trasmutarse en corriente de dilección, en miel que acendrará la opulencia de los escogidos para ofrendarla en panal a la miseria de los hambrientos; y si la humanidad tiene derecho a vivir, los ricos de bienes morales y los mayorazgos de la inteligencia habrán de renunciar de buen grado a poseer en paz culpable lo que es codicia de los desheredados. Del mundo espiritual, como del mundo económico, habrá de desterrarse el monopolio, y a quien haya tocado en suerte el oro del genio o la preciosa esencia de la virtud, tendrá que hacer partícipes a los otros de sus bienes inapreciables, porque es ley de caridad. El arte debe ir a la vida y mantener de par en par sus puertas hasta que la paz de las almas se afiance. Cuando tal suceda, torne, si le place a su aislamiento, destile en su soledad sus filtros de alquimia, que ya vendrá tiempo en que será

forzado a servirlos de nuevo como elixires de felicidad a los hombres. Y así será hasta el día en que reine la inefable monotonía del amor universal.

El gran poeta de hoy, como el vate de todos los tiempos, ha de tener la voz profética y el aliento apostólico, so pena de ser arrollado por la angustia que pasa, y desconocido por los que nada encuentran de común con él. No se gaste en vergüenzas frívolas mientras existan manos que imprequen y ojos que lloren, porque ha de saber que no hay arte mientras al canto, a la palabra rítmica, al color o a la línea no responda, como un eco simpático, el coro de las almas. La aristocracia del arte es provisoria, mientras los hombres no sean dignos de ver y de escuchar lo que mañana será bien común y belleza de todos.

Esta ave blanca, leve y misteriosa que hace tres lustros partió del materno nido para volar en otras frondas y encantar la vista de otros viajeros, torna hoy más blanca y mística, enal-

tecida por la divinidad inmóvil de la muerte, a la selva natal, cuando el bosque siente soplos de huracanes y hay signos siniestros en las estrellas. Este ruiseñor melodioso vuelve mudo; pero su propio canto, en una prolongación angélica, le acompaña. Manos fraternas le traen desde rumbos lejanos a que duerma para siempre en su México amado, y con el eco de sus versos y la bruma luminosa de su bondad tejió red impalpable que envolvió a las aves del tránsito, asoció las armonías dispersas, y un canto sinfónico se escucha en que sobresale el motivo central de su melodía.

Llevó la más noble de la misiones y nos trajo con el morir la más noble de las respuestas. Fué allá donde nuestra fama es de turbulencia y de sangre, a decir que un país donde hay poetas lleva en su seno un germen de redención, y lo que no consiguió el cable, ni logró la prensa, ni pudo obtener la diplomacia, lo realizó milagrosamente el canto armonioso y la palabra persuasiva. La contagiosa suavidad de su optimismo hizo prosélitos, y sobre el campo sangriento de nuestra patria en convulsión, se vuelcan hoy las rosas sudamericanas, y desde

las cumbres andinas hasta nuestros volcanes nevados, hay un estremecimiento de admiración y un gemido de razas fraternas.

En pleno triunfo, antes que el tiempo aleve hubiera marchitado la gentil corona—según la frase del poeta—, Amado Nervo, que llenó su patria con su nombre, que forjó por casi tres lustros en tierra española el ritmo de su verso maravilloso, y que había ido, por último, a modular su santa y noble canción a los hermanos de Sudamérica, deja este valle de tránsito para entrar en el silencio perdurable y en la paz eterna: destino prócer, porque nos dijo sin reticencias su evangelio de arte y de amor. No dejó la obra trunca de las precocidades malogradas, ni paseó por la existencia la ruina espiritual de una vejez ilustre. Tenía algo que decirnos, y expresó todo su mensaje y solamente su mensaje. Fué su terrenal jornada una lección de vida íntegra en ideal consorcio de pureza y de plenitud.

Genio musical y melifluo en el que todo se resuelve en melodías, arpa de cristal y oro cuyas cuerdas impalpables se estremecen al soplo de la brisa más leve, la peregrinación de Nervo

por la vida fué un prodigioso cántico. Sin vacilaciones y sin impaciencias balbuceó los primeros versos de su poema inmortal, y la voz adolescente fué cobrando timbres no escuchados, y los temas fueron adquiriendo cada día más hondura y cada vez mayor gravedad. En los momentos en que el motivo inicial iba a agotarse en su desarrollo sabio y alucinante, calló la voz, y la melodía se prolongó en las almas de los que oían, como una fuga extraña que parece sonar aún desde los reinos de la muerte.

Vió siempre el mundo con los mismos ojos contemplativos y al través del reflejo inevitable de las cosas que pasan, de los mundanos afectos, de las sensaciones efímeras, su mirada seguía el hilo conductor de su visión espiritual, hilo que, como el Ariadna, supo llevarlo entre las inquietudes y las sombras.

Espíritu selecto si los hay, fino hasta lo inverosímil, delicado hasta llegar a lo noblemente enfermizo, rico de *nuances* como un crepúsculo del valle paterno, despierto y pronto a la emoción más fugitiva, no quiso ser un poeta de excepción. Su exquisitez hablaba, insinuaba

o sugería al oído de los hombres el misterio que, con ser él solo en escucharlo, adquiría virtud propia al transmitirse a cada alma nueva. Por su arte insigne, por su misteriosa alucinación, por su fuerza introspectiva analizadora de sí mismo, llegó al hosco recinto de los herméticos. Por sus matices de sentimentalismo aristocrático, por su don musical, por su verso en voz baja, por su percepción aguda en las cosas pequeñas de la intimidad amorosa, llegó al corazón de las mujeres. Por su palabra trascendental, por su sinceridad humana, por su limpieza de doctrina y por su unción de iluminado, se hizo oir y se hizo amar de todos los hombres.

En su obra hay un raro ejemplo de purificación. No entenderán esto los que se mueven dentro del artificio eterno de los verbales logogrifos y de las vacuidades sonoras; nada podrán saber de estas cosas los que desconocen el saludable ejercicio de auscultar las palpitaciones de la vida; ignorarán esta actitud solemne los que huyen del símbolo, que es de hoy porque es eterno, para caer en el amaneramiento de un preciosismo muerto hace años y años

para bien y para nobleza del arte. Nervo limpió su pensamiento y lo hizo diáfano, lustró su emoción y la hizo trémula, purificó su verbo y le dió alas para escalar los montes excelsos y descender a las simas hondas. Hubo en esto una sinceridad rara, un concepto profundo de la vida y de la belleza, un heroísmo que sólo comprenderán los selectos. Porque renunció a los triunfos fáciles de la embriaguez verbalista y elevó la vida hasta la altura de su sueño, realizó la síntesis de un arte puro e inmortal. Apagó las voces demasiado precisas de su música externa, y cultivó, ya para siempre, la voz eólica de su polifonía interior.

Nervo fué siempre un místico, y si alguna actitud hay sincera y precisa dentro de la vaguedad ondulante de sus poemas, es este misticismo que en la apreciación de su obra es ya lugar común. Si sus primeras manifestaciones de su amor al misterio que se roba a nuestras almas se tildaron de sistemático artificio, fué porque la expresión no había cristalizado aún, ni el espíritu, aferrado a la ortodoxia concreta, había logrado desvanecer las líneas demasiado fuertes de un cuasi ascetismo religioso. La

doctrina y el vuelo no corrían parejas en su viaje por el firmamento de la belleza, y en cada ímpetu de las alas, la cuerda resistente del dogma tiraba inexorable hasta producir descensos suaves y aun lamentables caídas. ¿Y no existía, acaso, entre el ascetismo fervoroso de aquellos años juveniles y el hedonismo visual, la seducción optimista de la vida, una antinomia absurda?

Pero rotos los lazos de una disciplina inexorable, lograda la fusión de la vida sugerente con el ansia insomne, fusión que prepararon los años rectificadores y consejeros, la poesía de Nervo creció a un tiempo mismo en vaguedad y en perfección, y sin abandonar la tierra de amor, de dolor y de lágrimas, paseó las pupilas por el callado cielo de la noche. Se hizo suavidad, se hizo amor. Son los tiempos fecundos de *Serenidad*.

Más tarde, a fuerza de querer penetrar en el misterio de las cosas, al cabo de tanto soñar y de tanto mirarse el alma, vino el afán de edificar una doctrina, de lanzar al mundo un credo propio. Y el espíritu de Nervo voló, como sedienta golondrina, de la cruz al nirvana, del

amor activo a la renunciación absoluta. Un día de tantos, creyó afirmar, y afirmó. *Elevación* comenzó el ciclo que cerró la muerte con *El Estanque de los Lotos*. Yo saludé la aparición del primero de estos libros con palabras que hoy reproduzco porque la última actitud lírica de Nervo ha sido la más discutida:

«No sería Nervo alma selecta y alto espíritu si no experimentara en sus años de madurez esa codicia de limpieza espiritual, de serenidad prudente, de quietud noble y reposada. El que ha recorrido las sendas de la vida y del arte en pos de lo humano, que suele ser pecaminoso, es raro que no sienta a su tiempo un ímpetu fecundo de purificación, un ansia noble de fundir y resolver en una sola actitud decisiva su ideal estético y su problema moral. Limpiar el espíritu y limpiar la palabra. Romper con el ritmo que a nada conduce; destronar la rima que nada enseña; abominar de la retórica que es engaño, y de la técnica que es vanidad. Dar a quien tiene sed de ideal, no el licor de perfume ponzoñoso elaborado en la alquimia del pecado, sino el agua limpia que calme la sed de una vez para siempre. Hacer de la

poesía no deleite, sino enseñanza; no devaneo frívolo, sino contemplación provechosa.

«Como iniciación de disciplina espiritual, no encuentro objeción justificada contra ese movimiento del alma; pero como realización estética, se corre con seguirlo un grave riesgo: el afán de pulimento que quita asperezas, que borra manchas y destruye imperfecciones, puede dejar la obra limpia de todo, hasta de poesía. Esa labor de saneamiento, como ciertos desinfectantes poderosos, mata los gérmenes dañinos y a veces también al enfermo.

«A mí no me ha desconcertado, como a muchos, el último libro de Amado Nervo. Libros anteriores prepararon este volumen cuyos gérmenes se hallan en varios poemas de *Serenidad*. Tal vez en *Místicas* se encuentran los orígenes lejanos; sólo que de este libro juvenil se halla ausente la realización sincera, y todo él se resuelve en un artificio que casi siempre encanta, pero nunca convence. Estas filosofías categóricamente afirmativas, hechas en verso, por más libre de tutelas retóricas y estéticas que se les suponga, son poco poéticas. Nuestra intuición nos da con frecuencia formas con-

cretas; pero el arte exige, para hacerlas materia poetizable, que se revistan con los ropajes vaporosos de una imprecisión infinita.

Murieron los *quién sabe*,
Callaron los *quizá*

dice el gran poeta de *Elevación,* y eso equivale a decretar la muerte del misterio. Ahora bien, la Esfinge, sin enigma, es un monstruo absurdo.

«Las páginas de *Elevación* están impregnadas de un deísmo concreto, cristiano, católico más bien. Quizás la ortodoxia tenga reparos que poner, y es difícil que un escrupuloso del dogma pudiera suscribir tal cual estrofa:

Siendo quien es el PADRE: fuerza y gracia infinita;
Siendo quien es el PADRE: toda eficacia y
potencia, tu alma libre su voluntad limita;
¡Dios necesita
de ti!

«Pero haciendo a un lado estas cosas, queda la dificultad casi insuperable de realizar belleza con esos elementos de fe, de esperanza, de ca-

ridad en forma de insinuación amable, de consejo piadoso, de amorosa doctrina. Son flamas de amor vivo y no preceptos las estrofas de San Juan de la Cruz; son lágrimas de sangre y no consejos, las contriciones de Verlaine.

«Y he aquí que a pesar de todo, sorteando escollos, salvando riesgos y esquivando obstáculos, Amado Nervo nos da en *Elevación* un libro bello, y es que el poeta de verdad tiene un talismán para todo. Este gran conocedor del *métier,* quiere arrojarlo a un rincón como un trasto viejo; este versificador armonioso, quiere forjar estrofas balbucientes; este poseedor de un alto sentido musical, quiere poner mordaza a la melodía; este adorador del ritmo sutil y milagroso, intenta derribar los altares de su culto y es natural que ni el *métier* desaparezca, ni el verso vacile, ni la melodía calle, ni el ritmo desfallezca. Un alto sentido estético sintetiza y simplifica, y de los cuadros sin contornos de Carrière o de los bocetos de Rodin surge triunfadora la belleza.

«No compararemos este libro de Nervo con otros anteriores. La personalidad es la misma; pero el momento es otro. Es difícil repetir es-

tados emocionales. A menos que la vida se transforme en una *pose* eterna, la obra surge de la hora que pasa. Por eso nada es definitivo. Por eso no podremos secundar al poeta cuando dice:

Murieron los *quién sabe,*
Callaron los *quizá.*

«Nuestra incertidumbre no acaba ni es bien que acabe nunca.

»En un remanso de su vida, el poeta del *Exodo y las flores del camino* ha experimentado una calma que él juzga duradera y que nos vierte en poemas de fe, de amor y de esperanza. La felicidad tiende a ser contagiosa y el poeta se comunica con nosotros. He aquí las frases que terminan el volumen: Lector: Este libro sin retórica, sin *procedimiento*, sin técnica, sin literatura, sólo quiso una cosa: elevar tu espíritu. ¡Dichoso yo si lo he conseguido!

»Y nosotros, cogidos un instante por la magia del admirable poeta, agradecemos el presente y tornamos, al cerrar el libro, a nuestras viejas inquietudes.»

La delicada sensibilidad del poeta adivinó un

reproche en mi homenaje, y entonces comenzó una labor epistolar de autodefensa en el dulce tono insinuante y persuasivo que él usaba en sus relaciones íntimas. «Mi libro... me decía en una de sus cartas... no tiene otra misión que consolar. Sé de muchas almas que han recobrado paz con su lectura».

Más tarde, en su última visita a su patria, en alguno de aquellos festivales cariñosos con que México agasajó a su gran poeta, tal vez recordó el incidente, y vuelto a mí, en voz confidencial, me murmuró al oído: «¿No es verdad que la vida es una serie de afirmaciones, más bien dicho, una afirmación suprema?»

Hoy que lo veo ungido con la augusta majestad de la muerte, seguro en lo que presintió, absorto en su final creencia; hoy que, como Núñez, en el hondo poema de Darío.

> halló al pie de la Sacra Vencedora
> el helado cadáver de la Esfinge,

pienso que era él, sólo él quien tenía razón.

. . . . . .

No es ésta la hora del análisis frío ni de la crítica razonada. Veinte pueblos corean las ma-

ravillosas estrofas del bardo, y cada espíritu experimenta en sí mismo la íntima resonancia. El artista, el poeta y el hombre, en consorcio mágico, dieron a la obra un profundo sentido humano, y el optimismo sincero de los últimos años del poeta, prendió sobre las cumbres de la inquietud una visión luminosa de esperanza.

Es el instante de la glorificación, y nunca hubo más justo ni más merecido homenaje. Habló a millones de hombres en una lengua de diafanidad cristalina, en un verso de incomparable sonoridad, como arrancado a las cuerdas de un arpa invisible y misteriosa, bajo la luz tenue y fantástica de un paisaje lunar en que dormita el alma del silencio. Reveló las reconditeces de su vida en baja voz, y como la vida era tan bella, fué fascinación y fué ejemplo. Predicó en una dulce sencillez franciscana y sostuvo con las cosas diálogos eternos. Vivió lo bastante para cantar al mundo su poema de belleza y de santidad, y murió a tiempo, cuando su voz había adquirido timbres extrahumanos.

Fué hacia el sur en misión de paz, de amor y de concordia. Dejó en tierra española, flotando al viento, su bandera blanca, y fué a plantar

otra en las cumbres australes de América, entre las nieves eternas y el vuelo insigne de los cóndores. Murió en misión de amor; los brazos de todos los pueblos hispanoamericanos se tendieron para recibir la noble frente ceñida de lauros; y el gesto unánime juntó y enlazó las manos que antes se saludaban desde lejos.

No busquemos por hoy el secreto de su numen ni los procedimientos de su arte; no hurguemos en el fondo de su filosofía que no fué sino un ansia de afirmación definitiva y de serenidad eterna. Que nos baste repetir su canción, impregnada de sutil melancolía y dorada con la sonrisa inefable de su optimismo.

No retardemos ahora el homenaje de mármol. El bosque espera su figura ascética que sobre el césped de esmeralda parecerá una blanca flor de santidad... Pero antes, demos las gracias a estos nobles huéspedes que a través de los mares nos traen envueltos en sus gloriosas banderas los despojos sagrados de nuestro gran hermano muerto.

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ.

INDICE

	Páginas
Nota del editor	9
Prefacio	11
La última vanidad	29
Sillones y pollo	47
Las joyas predilectas	53
Algo sobre el carlismo	61
Noches blancas y días bermejos	73
Un mundo enigmático	79
La reina Concha	89
Antigüedades y anticuarios	95
Un profesor de energía	101
Las catástrofes	107
La abolición de la pena de muerte en España	113
Tres poesías	121
A Iturbide	123
A Iturbide	127
Epílogo	137
Amado Nervo	139
Apéndice	185
Amado Nervo: el hombre	195
Amado Nervo: el poeta	217

BIBLIOTECA NUEVA

LISTA, 66, MADRID

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

OBRAS ESCOGIDAS DE JUAN VALERA

(ILUSTRADAS POR F. MARCO)

NOVELAS

	Ptas.
I.—Juanita la Larga	5,00
II.—Doña Luz	5,00
III.—Pepita Jiménez	5,00
IV.—El Comendador Mendoza	5,00
V.—Pasarse de listo	5,00
VI.—Genio y figura	5,00
VII.—Morsamor	5,00
VIII y IX.—Las ilusiones del Doctor Faustino	10,00
X.—Dafnis y Cloe	5,00

OTRAS OBRAS

	Ptas.
XI.—Cuentos escogidos	5,00
XII.—Poesías escogidas	5,00
XIII, XIV y XV.—Ensayos escogidos	5,00

OBRAS COMPLETAS DE GABRIEL MIRÓ

	Ptas.
Las cerezas del cementerio (novela)	5,00
La novela de mi amigo (novela)	5,00
El Obispo leproso (novela)	5,00
El libro de Sigüenza (novela)	5,00
Del vivir (novela)	5,00
Figuras de la Pasión del Señor	7,00
Años y leguas (novela)	5,00

NOVELAS DE RAFAEL LOPEZ DE HARO

	Ptas.
¿Y después?	5,00
Ante el Cristo de Limpias	5,00
¡Pero el amor se va!	5,00
Fuego en las entrañas	5,00
Entre todas las mujeres	5,00
La Venus miente	5,00
Las sensaciones de Julia	5,00
Un hombre solo	5,00
Todos los amores	5,00
Los nietos de los celtas	5,00
Ser o no ser (comedias)	5,00

OBRAS DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

	Ptas.
La viuda blanca y negra (novela)	4,00
El secreto del Acueducto (novela)	4,00
La Quinta de Palmyra (novela)	4,00
La mujer de ámbar (novela)	4,00

237

OBRAS DE OSCAR WILDE

	Ptas.
I.—El crimen de lord Arturo Savile (novela)	4,00
II.—El retrato de Dorian Gray (novela)	4,00
III.—El ruiseñor y la rosa (novelas)	4,00
IV.—Huerto de granadas (novelas)	4,00
V.—Vera o los nihilistas (teatro)	4,00
VI.—Intenciones (ensayos)	4,00
VII.—La tragedia de mi vida	4,00
VIII.—La duquesa de Padua	4,00
IX.—Pluma, lápiz y veneno	4,00
X.—Una mujer sin importancia	4,00
XI.—Epistolario inédito	4,00

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ

	Ptas.
Una campaña alegre	4,00
San Onofre	4,00
San Cristóbal	4,00
Cartas de Inglaterra	4,00
El misterio de la carretera de Cintra	5,00
Notas contemporáneas	5.00
Ecos de París	4,00
Prosas bárbaras	4,00
Cartas familiares y billetes de París	4,00
Cuentos	4,00
Ultimos ensayos	4,00

OBRAS DE REMY DE GOURMONT

	Ptas.
Colores (cuentos eróticos	4,00
Una noche en el Luxemburgo (novela)	4,00
El sueño de una mujer (novela)	4,00
El peregrino del silencio	4,00
Historias mágicas	4,00
Sixtina (novela)	4,00

OBRAS COMPLETAS DEL PROFESOR S. FREUD

(PRÓLOGO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET)

	Ptas.
I.—Psicopatología de la vida cotidiana. Errores, equivocaciones, supersticiones, olvidos	10,00
II.—Una teoría sexual y otros ensayos	10,00
III.—El chiste y sus relaciones con lo inconsciente	10,00
IV y V.—Psicoanálisis	20,00
VI y VII.—Interpretación de los sueños	20,00
VIII.—Totem y Tabú	10,00
IX.—Psicología de las masas	10,00
X.—La histeria	10,00
XI.—Inhibición, síntoma y angustia	10,00

NOVELAS DE BARBEY D'AUREVILLY

	Ptas.
El amor imposible	4,00
Las diabólicas	4,00
Una historia sin nombre	4,00

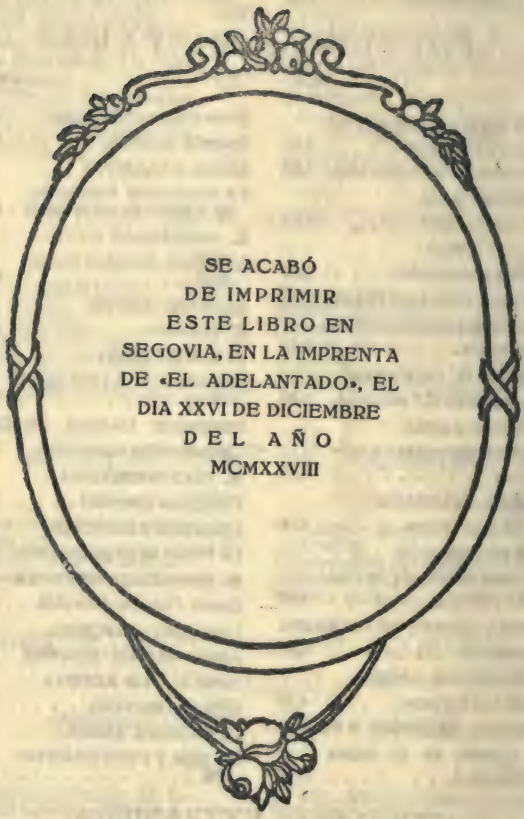
COLECCIÓN HISPANA

	Ptas.
JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA	
Espíritu ambulante	4,00
El oculto pecado (novela)	4,00
EUGENIO NOEL	
Piel de España	4,00
JOSÉ E. RODÓ	
Páginas escogidas	4,00
J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)	
Hombres, hombrecillos y animales	4,00
CRISTÓBAL DE CASTRO	
Las mujeres (2.ª edición)	4,00
SILVERIO LANZA	
Páginas escogidas e inéditas	4,00
MANUEL MACHADO	
Un año de teatro	4,00
EÇA DE QUEIROZ	
La decadencia de la risa (2.ª edición)	4,00
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA	
Muestrario	4,00
R. CANSINOS ASSENS	
El divino fracaso	4,00
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT	
El secreto de la ruleta (novelas)	4,00
R. BLANCO-FOMBONA	
Dramas mínimos	4,00
SOFIA CASANOVA	
La revolución bolchevista. (Diario de un testigo)	4,00
A. HERNÁNDEZ CATÁ	
Los siete pecados (cuentos)	4,00
ALFONSO REYES	
El cazador	4,00
ALBERTO INSÚA	
Juventina la bella (novela)	4,00
FEDERICO GARCIA SANCHIZ	
Cosmopolita (novelas)	4,00
M. DÍAZ RODRÍGUEZ	
Peregrina (novela)	4,00
EDUARDO ZAMACOIS	
La virtud se paga (novela)	4,00
E. RODRIGUEZ MENDOZA	
Santa Colonia (novela)	4,00
EDUARDO MARQUINA	
Almas de mujer (novela)	4,00
JOSÉ M.ª DE ACOSTA	
Niñerías (novela)	4,00
E. RAMIREZ ANGEL	
La villa y corte pintoresca	4,00

COLECCION EXTRANJERA

	Ptas.
LEONIDAS ANDREIEV	
Los siete ahorcados (novela)	4,00
Judas Iscariote (novela)	4,00
La risa roja (novela)	4,00
Memorias de un preso (novela)	4,00

239



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
SEGOVIA, EN LA IMPRENTA
DE «EL ADELANTADO», EL
DIA XXVI DE DICIEMBRE
DEL AÑO
MCMXXVIII

BINDING LIST JAN 1 1939

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ 7297 N5A1325 1920 v.29
Nervo, Amado
Obras completas de Amado Nervo